

LAS LUCES DE LA MUERTE

Cuando el misterio ataca

OVNI

PABLO VILLARRUBIA MAUSO

«Aquella noche Rivalino Mafra Da Silva se despertó en el catre de su chabola de Duas Pontes como en una pesadilla. Algo parecido a un silbido se filtraba por toda la casa. Miró a oscuridad del patio interior y vio dos seres vaporosos, muy bajos, que avanzaban. En la habitación contigua sus hijos rezaban arrodillados. De pronto, algo como el eco metálico se fue convirtiendo en una voz perfectamente audible: ¡Ese parece Rivalino, vamos a matarlo!»

En este libro, entre otras muchas cosas, encontrará:

- Las extrañas luces-vampiro de la Amazonia.
- El caso del campesino cuya carne se desintegró.
- Extrañas mutilaciones humanas en Brasil.
- Dieron su vida en honor de los extraterrestres.
- Noches de terror en la isla de los Cangrejos.
- El enigma de las máscaras de plomo.
- Rivalino Mafra: Crónica de una desaparición.

Pablo Villarrubia Mauso

Las luces de la muerte

ePub r1.0
XcUiDi 24-10-2022

Editor digital: XcUiDi
ePub base r2.1

Este libro está dedicado al querido amigo Marcos Silva, «el Marcão», entrañable ufólogo brasileño, chamán y humanista tristemente desaparecido cuando aún disfrutaba del apogeo de su vida.

Espero que siga realizando sus alertas ovnis en las montañas selváticas de algún mundo fantástico, mirando a la Tierra con su pequeño telescopio, aún sin comprender nuestro estúpido planeta, corrompido en guerras, envidias y mezquindades.

NOTA DE LOS EDITORES: Este libro contiene imágenes explícitas y material forense que pueden herir la sensibilidad del lector.

¿Por qué publicamos este libro?

CON DOCE AÑOS leí la terrible historia del buscador de piedras preciosas Rivalino Mafra da Silva. Un suceso tan macabro que se me quedó enganchado en lo más profundo del cerebro. Casi dos décadas después noto que ni siquiera el exorcismo del lógico escepticismo que va calando con los años me ha permitido olvidarlo.

Y ahora esto me trae nuevos recuerdos.

Una noche, en una mísera choza de adobe, algo extraño despertó la quietud de la familia. Abandonado por su esposa, el hombre enjuto y huesudo, de muy baja estatura, cuidaba como podía de los suyos y enseguida escuchó alboroto en el cubículo contiguo al suyo. Aquel lamento o chillido había desvelado primero a su hijo Raimundo, según contó él mismo horas más tarde y con los ojos llorosos a los miembros de la Gendarmería.

—Ese parece Rivalino… —se escuchó con eco desde el patio interior—. ¡Vamos a matarlo!

Lo que ocurrió después en aquella chabola apartada del resto de la población brasileña de Duas Pontes —o lo que nos decían algunos libros que ocurrió— es algo digno de figurar en las más horribles pesadillas del hombre moderno. Unos seres achaparrados y oscuros entrando en escena, rezos llenos de angustia, una desaparición total…; en fin, una serie de sustos dignos de infarto que, si son pacientes, se irán encontrando al sumergirse en esta lectura.

Y es que así son los casos reflejados en este trabajo que ahora tienes entre las manos. Crudos y tan reales como algunas secuencias de la vida. Eso es lo que ha retratado con precisión y ganas el periodista Pablo Villarrubia Mauso en una labor de muchos años al límite y apoyada siempre con la fuerza de los

documentos. Estos son un puñado de verdaderos expedientes X —que superan a cualquier ficción televisiva, por cierto— que él y solo él ha recuperado con la energía inimitable de aquellos que son capaces de llegar al fin del mundo para completar la pieza de sucesos que otros muchos olvidaron.

Gracias a Pablo, y gracias a este libro, por fin he podido ver con mis propios ojos cómo era aquella casa de amargos sueños infantiles donde todos salieron como alma que lleva el diablo. Y advierto, ese es solo uno de los capítulos. Cada imagen, cada diapositiva, lleva al reverso una historia cargada de incógnitas. Por eso hay que mirarlas bien, con detalle, para captar toda su inquietante esencia.

Hace años llegué a una de las pocas conclusiones firmes que tengo en esto del periodismo y la comunicación: para estos menesteres no hay otro como Pablo, capaz de serpentear rápidamente por zonas vedadas al resto, con agallas de sobra para sumergirse en las favelas que cuelgan como costras por los cerros que rodean las grandes urbes latinoamericanas y sin complejos ante nada ni nadie en su sagrado objetivo de encontrar la verdad.

Sé de las muchas penurias que ha pasado en sus viajes tras la huella de lo imposible. Sé que ha sido atracado, amenazado, perseguido… Sé incluso que, sin alardes ni fantasmadas al uso, se ha jugado la vida solo por tomar un carro, un autobús o el siguiente camino embarrado hasta donde le conducía la última pista.

Y es que ser reportero de estas «otras realidades» en algunos lugares del planeta no es un juego de niños. Lo sabemos bien quienes hemos rondado aferrados a nuestra cámara por ciertas latitudes. Ahí el peligro no es un recurso de opereta. Y lo sabes. Pero también sabes lo que disfrutarán los lectores con la nueva aventura, con el último salto más difícil todavía. Como se estremecerán al contemplar en estas hojas las imágenes, ya sepias, de los enigmas que Pablo —quién si no— encontró al final de todas las selvas perdidas.

Sí; definitivamente este libro es un compendio de misterios brutales, de enigmas que destilan sangre y es también el resultado de todos los kilómetros, sudores y lágrimas que se han vertido en el empeño.

Esto que tienen entre las manos es un auténtico manual del «periodista del misterio», esa inusual vocación por la que tanto me preguntan, la mayoría de las veces buscando un consejo con el que empezar. La mayoría de las veces, sinceramente, no sé qué contestar ante tan extraño deseo. Me quedo

pensativo, y algunas veces más lúcidas respondo con palabras como fe, ilusión, búsqueda…

A partir de ahora lo tengo mucho más fácil y menos abstracto, pues para empezar a aprender lo que significa ser buscador de estas cosas hay que leer este libro en su sentido más profundo.

Sí, el que tienes ahora abierto. El de mi amigo Pablo, el último aventurero.

IKER JIMÉNEZ

Introducción

Ovnis:
¿peligro a la vista?

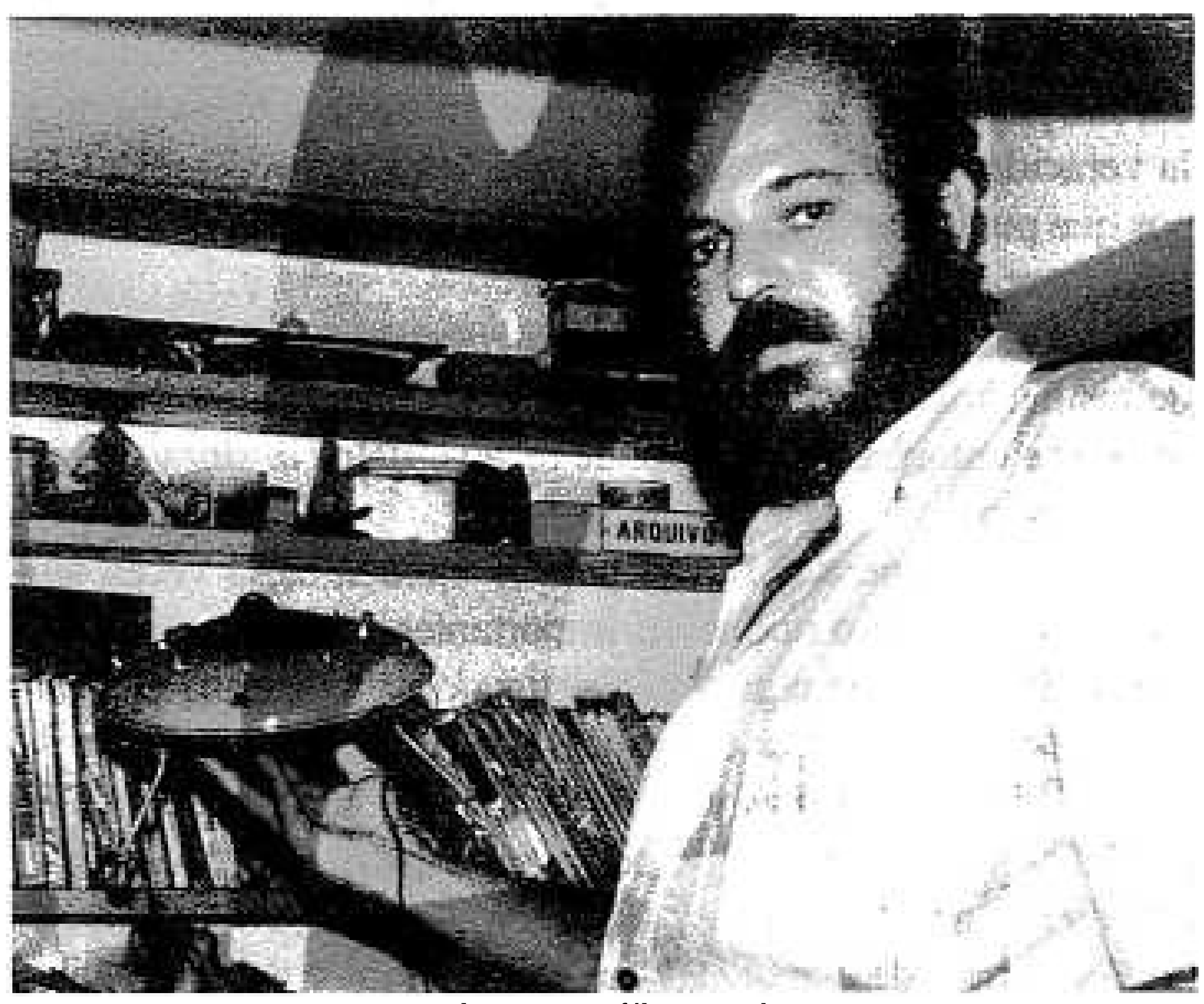
EL LECTOR tiene en sus manos el resultado de varios años de investigación constante, paciente y a veces arriesgada en relación con el fenómeno más fascinante de los últimos tiempos: los OVNIS —objetos voladores no identificados—. Este libro representa el esfuerzo de descubrir «la verdad», un término difícil debido a la complejidad del fenómeno. En sus páginas el lector encontrará el misterio y la aventura, y la veracidad de muchos datos. Podrá leer algunos casos clásicos que pude reinvestigar, es decir, mencionados en muchos libros y enciclopedias.

Para realizar este trabajo acudí personalmente a los lugares de los hechos y entrevisté a sus protagonistas y a otras personas de su entorno. Es decir, pude recabar datos *in situ* y de primera mano.

De esta manera descubrí nuevos elementos, a veces aún más insólitos, pero no menos importantes y, por supuesto, inquietantes. Aunque algunos investigadores digan que el tiempo se encarga de borrar de la memoria de las personas muchos detalles de sus historias y recuerdos, la verdad es que el tiempo también es sabio y nos permite recapacitar o decir cosas que no nos atreveríamos en el pasado.

No se trata de que creas o no en los extraterrestres o alienígenas, solamente que lean con atención lo que ha sucedido para que se pueda reflexionar al respecto. A veces me preguntan: «¿Cree usted en todo lo que ha oído o visto?» Yo contesto: «Yo soy un periodista; recabo información y contrasto datos; entrevisto a testigos y luego expongo la información. Si son extraterrestres o no los que actúan, no lo sé. Lo único que puedo afirmar es que algo raro pasa ahí afuera y que influye sobre los seres humanos».

Sucesivos viajes a la selva amazónica, a las sabanas y las costas de Suramérica me robaron el escepticismo total: hay muchas más cosas que no podemos explicar que las que podamos conocer. La aparición de extraños objetos voladores que aterrorizan o incluso matan a seres humanos es una realidad: que lo digan los infelices familiares de las víctimas o aquellos que han podido sobrevivir a los ataques. Sí, querido lector, no estamos hablando de quimeras, de gente fantasiosa o de alucinaciones colectivas; estamos tratando con la pura y dura realidad, muy material.



Marcos Silva, un gran ufólogo y ser humano.

Esta aventura de ponerme cara a cara con la realidad del fenómeno ovni obedeció, desde el principio, a una desconfianza ante todo aquello que la CIA y otros órganos de inteligencia de varios países nos ofrecían sobre los ovnis. Lo mejor —aconsejo— es sospechar, no admitir lo primero que te digan.

Desde que me dediqué a estudiar y a investigar el fenómeno ovni —a partir de 1976— revisé un sinnúmero de veces los conceptos que había aprendido sobre su existencia. Extraterrestres, viajeros del tiempo,

alucinaciones, experimentos científicos de las grandes potencias, etc. Al mismo tiempo me enriquecía con otros conceptos tomados de varios campos del conocimiento humano.

Me percaté que estudiar a los ovnis era más que un simple ejercicio o diversión de fin de semana o de ratos libres. El fenómeno me ponía cara a cara con el desafío de la vida misma, de conocer la física, la psicología humana o la biología, por ejemplo.

Mientras me reunía con mis amigos de escuela en un cuartito al fondo de mi casa, en el barrio de Vila Guilherme —en São Paulo, Brasil— en 1977, para discutir astronomía y ufología, nada sabíamos respecto a lo que sucedía por aquellas mismas fechas en la lejana y remota región amazónica. Eran tiempos de dictadura militar. La represión y la censura determinaban lo que debía o no ser publicado, lo que debía ser más o menos divulgado.

Del sur del país no nos llegaron, en aquel momento, las informaciones a las que solo años más tarde podríamos leer con más detalle. Se trataba de los casos de los «chupa-chupa», o luces asesinas, algo que aparentemente nada tiene que ver con el famoso chupacabras. En medio de la selva amazónica brasileña extraños objetos voladores sobrevolaban las chozas de los campesinos y pescadores. De pronto, disparaban un haz de luz que golpeaba el pecho u hombros de las víctimas.

Como consecuencia sufrían quemaduras, mareos, dolores de cabeza y vómitos. Algunos, menos afortunados, murieron tras los ataques de aquellas luces asesinas. ¿Qué pasaba en la densa jungla? ¿Por qué sucedía aquello? ¿Quiénes eran los agresores? Eran preguntas que me planteé y decidí, a mediados de los años noventa, investigar *in situ* las causas de estos tremendos ataques como podrá verificar el lector en las páginas de este libro.

El asunto estuvo rodeado de mucho misterio y apenas trascendió. Brasil es enorme; la amazonia, desconocida, y unas cuantas muertes y personas heridas se diluyen en las páginas de los periódicos o en los noticiarios que, cada día, nos comunican las muertes provocadas por otros motivos aparentemente más frecuentes, como son los accidentes automovilísticos o la violencia urbana de bandidos y atracadores.

Aún hoy sigo preguntándome: «¿Son los ovnis una amenaza para la humanidad?» No os puedo contestar con un tajante «no» o «sí», pues para mí entre el negro y el blanco hay muchos matices de gris. ¿Estaban los norteamericanos ensayando nuevas armas en la selva amazónica? Y, si así lo hicieron, ¿por qué no han empleado tales armas en otros lugares del mundo, o incluso en las guerras?



Portada de *Contactos extraterrestres*.
Ovnis: ¿peligro de muerte?
Ejemplar de *Año Cero*, número 74, sobre ovnis agresivos.



Enigmas, número 10: ¿Ha comenzado la invasión?
Más Allá, número 91: ¿Hostiles?
Cartel del I Congreso de Ufología de Chihuahua (México), en 2003.

Los objetos vistos por cientos de personas eran de una tecnología muy avanzada. Sus velocidades extrapolaban a la de los supersónicos y evolucionaban en el cielo en contra de las leyes de la física. Su comportamiento hacia los nativos era visiblemente intencionado y agresivo. No obstante, hubo varios incidentes ocurridos en otras regiones de Brasil y del mundo donde no queda muy claro si los trastornos físicos y psicológicos padecidos por los testigos se debían a una acción premeditada o no de los ovnis.

Tampoco sé hasta qué punto el fenómeno ovni influyó sobre el suicidio del joven Adelino Roque y de su amante, Geusa, en Goiás, o en los dos amigos que subieron el cerro del Vintém en Niteroi (Río de Janeiro), para nunca más volver…

Otros no pidieron cita previa con extraterrestres, a ejemplo de las víctimas del Vintém, sino que fueron atacados inesperadamente. Fue lo que le ocurrió al malogrado João Prestes Filho en aquel lejano año de 1947 en

Araçariguama. Su fatal desenlace duró varias horas de terrible sufrimiento. Tampoco se lo esperaba José Correia, de veintinueve años, cuando dormía tranquilamente a bordo de una embarcación en la misteriosa isla de los Cangrejos. Cuando sus compañeros se despertaron, él ya estaba sin vida, quemado. ¿Quién o qué quemó mortalmente a José?

Aparte de las víctimas mortales, se suman aquellas aquejadas por una serie de dolencias que surgieron tras haber tenido algún tipo de contacto más o menos cercano con un objeto volador no identificado o sus ocupantes: dolores de cabeza, jaquecas, náuseas, vómitos, alteraciones psicológicas o enfermedades de la piel, son algunos de los síntomas más comunes. Algunas víctimas los arrastran de por vida y, tal vez, acorten drásticamente el tiempo de su existencia como veremos a lo largo de este libro.

Todavía recuerdo la expresión de miedo reflejada en el rostro de los campesinos amazónicos cuando se referían a las extrañas luces nocturnas que los perseguían en medio de la selva. Creían que les chuparían la sangre, que los consumirían sus fuerzas o que los matarían o los dejarían postrados durante días, meses o años. Eran luces vampiras, o por lo menos así pensaba aquella pobre gente. Y no lo decían en broma.

Todo lo que puedo decir es que los ovnis agresivos realmente existen, sea cual fuere su origen. ¿A qué vienen? ¿A robamos nuestras vidas? ¿Para qué? La doctora Wellaide Cecín Carvalho afirmaba seriamente que eran «ladrones de energía». Los análisis de sangre que realizó en docenas de campesinos atacados en el Estado brasileño de Pará mostraban, muy claramente, que la tasa de glóbulos rojos de las víctimas de los «aparatos» voladores y de sus haces luminosos era más baja de lo normal. ¿Qué pensar de esto? Quizás el efecto de alguna radiación sobre el cuerpo humano, sobre su metabolismo.

Durante el I Congreso Internacional de Ufología de Chihuahua (México, 2003, organizado por Gilberto Rivera) encontré al veterano ufólogo cubano Virgilio Sánchez Ocejo que había estudiado varios casos de agresiones del enigmático chupacabras en Chile y en Estados Unidos. Sus investigaciones le mostraron una faceta agresiva de un fenómeno que, aparentemente, parece asociado al fenómeno ovni. Pero ¿qué demonios hacen tales criaturas matando y chupando sangre de animales? ¿Habrán atacado a seres humanos y aún no lo sabemos? En Guatemala parece que sí…

Ofrezco estas páginas llenas de misterio —de absurdo y locura para muchos— para que cada uno juzgue por sí mismo estas extrañas situaciones. Lo que pude hacer como periodista —y como curioso empedernido— es rastrear los archivos ufológicos, además de recorrer y «empaparme» de

algunos lugares donde se respiraba un aire diferente, donde se encontraba la huella indefectible de «ellos», los que dejaron un rastro de sangre o de miedo que algunos no podrán olvidar jamás.

PABLO VILLARRUBIA MAUSO
Una noche de otoño del 2003, en Madrid.

Capítulo 1

João Prestes: muerte lenta y atroz en Araçariguama en 1946

LA RESPUESTA para uno de los más desconcertantes y pavorosos casos de la historia mundial de la ufología empezó en un pequeño y apestoso hotel, el Minas Gerais, donde el historiador y ufólogo Claudio Tsuyoshi Suenaga y yo nos habíamos hospedado para investigar varios ataques de supuestos chupacabras que actuaban en aquella región. Estábamos en el pueblo de São Roque, a 47 kilómetros de la ciudad de São Paulo (Brasil), cuando mi compañero de habitación me alertó, en medio del silencio de la noche, sobre el hallazgo de una página de un periódico que había recogido en el interior de un mugriento cuarto de baño.

Entre el éxtasis y la emoción, atropellando las palabras, el joven nipobrasileño me leyó el contenido de dicho periódico del 12 de abril de 1997: «Falleció el 6 de abril, en su residencia, en esta ciudad, el estimado señor Roque Prestes […] con noventa y un años de edad […] era hermano de João Prestes (fallecido) […]» Para nuestro asombro, habíamos topado con la pista de los parientes de João Prestes Filho, el hombre que el 4 de marzo de 1946 murió de una forma totalmente atroz: tras ser atacado por una extraña luz, sus carnes empezaron a desgajarse a trozos de los huesos, especialmente de la mandíbula, pecho, manos, dedos, piernas y pies hasta consumir su vida en pocas horas. Algunos pedazos de carne quedaron colgando de los tendones ante el espanto de los testigos e impotencia de la víctima.

El hotel Minas Gerais fue testigo de nuestro insomnio e intranquilidad hasta el amanecer, cuando contactamos vía telefónica con el hijo del fallecido

Roque Prestes. En cuestión de minutos, y a paso acelerado, llegábamos a la sencilla residencia del sexagenario Luis Prestes, en la periferia de São Roque. Luis aún estaba enlutado por el reciente fallecimiento de su padre, Roque, un ex soldado de la revolución constitucionalista de 1932.

—Hasta hace poco tiempo, antes de morir, mi padre recordaba el trágico fin de su hermano en aquel lejano año de 1946. Yo era pequeño, tenía unos nueve años, pero me acuerdo perfectamente lo que le pasó a mi tío João. Era semana de carnaval y João, que odiaba tales festividades, decidió irse de pesca montado en su carroza. Él vivía en Araçariguama, un pueblecito cercano a tan solo siete kilómetros de São Roque y, a la sazón, un lugar muy aislado y tranquilo. Mi tía se fue a las fiestas junto con los hijos y le dejó hecha la cena en su casa —nos reconstruía los hechos Luis Prestes ante nuestras miradas atentas.

»Yo estaba en Araçariguama cuando me dijeron que mi tío estaba moribundo en casa de un pariente. Quise entrar, pero no me dejaron, pues era muy niño y me podía impresionar por el estado físico de João. Mi padre sí que habló con él y le contó que al volver a casa abrió la ventana y algo como un fuego o «antorcha de fuego» entró en el cuarto donde se encontraba. Se cayó al suelo y sintió cómo el cuerpo le ardía. Se enrolló en una manta y vino caminando más de dos kilómetros hasta la villa. Mi padre decía que João solo estaba quemado de la cintura hacia arriba, a excepción de los cabellos. Yo llegué a ver a mi tío moribundo, cuando lo sacaban de la casa para llevárselo en un camión a Santana do Parnaíba, donde existía un hospital. Me acuerdo que estaba envuelto con unas sábanas ennegrecidas, quizá por lo quemado del cuerpo. João murió antes de ingresar en el hospital —nos seguía contando Luis Prestes mientras grabábamos su testimonio.

—Se ha publicado en varios libros, tanto en inglés como en japonés y hasta en ruso, que João Prestes murió de una manera atroz, cayéndosele trozos de su cuerpo, como las orejas o la carne de los brazos. ¿Esto es cierto? —indagué.

—No. Su apariencia, según mi padre que lo acompañó al hospital, era realmente penosa, pero no llegaba a eso. Presentaba quemaduras graves por el cuerpo. La piel, la carne, estaba oscura. No presentaba ninguna lesión corporal —reveló nuestro interlocutor, cambiando parcialmente la historia que se había impreso en los libros y centenares de artículos publicados sobre el caso.


UN MISTERIOSO HAZ DE LUZ CAUSA UNA MUERTE ATROZ EN BRASIL

por Prof. Felipe Machado Carrión (Stendek, Barcelona).

El ataque a João Prestes por la extraña luz, tal como fue mostrado en el boletín Stendek de junio de 1975.

»Mi padre, que era subcomisario de policía de Santana de Parnaíba, solicitó la colaboración de la policía científica para investigar el caso, pero no sé nada sobre los resultados. Lo cierto es que en la habitación donde João se encontraba cuando apareció el fuego nada se quemó. Tampoco tenía enemigos o alguien que le pudiera haber hecho aquello. Aun moribundo, dijo repetidas veces que había sido la luz su agresora y que era «cosa de otro mundo» —añadió Prestes.

Un dato nos hizo retomar la realidad con asombro.

—En Araçariguama y en toda la región, en aquellos tiempos, se veían constantemente unas bolas de fuego que decían ser *assombraçoes* (espantos). Algunos creían que procedía de la mina de oro que hoy en día está cerrada. Y sucedían otras cosas raras. Mi fallecido padre nos contaba que hacia 1922 pudo ver, junto con mi abuelo y un tío mío, un *lobisomem* (hombre-lobo) por la noche. Mi tío le arrojó una piedra y le dio en la mano. Al día siguiente, un vecino apareció con la mano enfajada. Otras personas contaban casos

semejantes… —seguía contando Luis Prestes. En nuestras mentes se configuraba la idea de que Araçariguama y la región de São Roque podría ser una fantástica «zona ventana» por donde emergían una sorprendente cantidad y variedad de fenómenos anómalos.

La teoría parecía cuadrar con los subsiguientes datos que nos daría nuestro informante.

—A Emiliano Prestes, también tío mío y hermano de João Prestes, le sucedió algo igualmente espeluznante. Algunos meses después de la trágica muerte de su hermano estaba caminando por un bosque de Araçariguama, en Agua Podre, el mismo lugar donde surgió en 1922 el lobisomen y la luz que quemó a João, cuando se le apareció una antorcha de fuego en el aire. Emiliano, espantado, se arrimó a una barranca cuando la cosa se le vino encima. Lo único que pudo hacer fue arrodillarse y rezar por su vida. Nos contó que sintió un intenso calor, pero, por suerte, la antorcha se apartó y desapareció —nos explicaba Luis, añadiendo más misterios a la lista de la región.



Reconstrucción del calvario de João Prestes por el artista Jamil Vilanova, según la versión que existía antes de la investigación de Suenaga y Villarrubia, en la que pedazos de carne se desprendían de su cuerpo.

La «antorcha» o «bola de fuego» también fue vista en varias ocasiones por el padre de Luis durante su juventud, objeto que asustaba a los caballos y caballeros que transitaban por las oscuras noches de Araçariguama para llegar a sus humildes casas campesinas. «Las luces se veían más entre las tres y cuatro de la madrugada, y eran tres o cuatro veces más grandes que la Luna. Las personas sentían el calor de las luces aunque estuvieran lejos. Se distanciaban a velocidades tremendas. Mi padre dejó de ir a las fiestas por la noche a causa de estas luces», recordaba Luis Prestes.

* * *

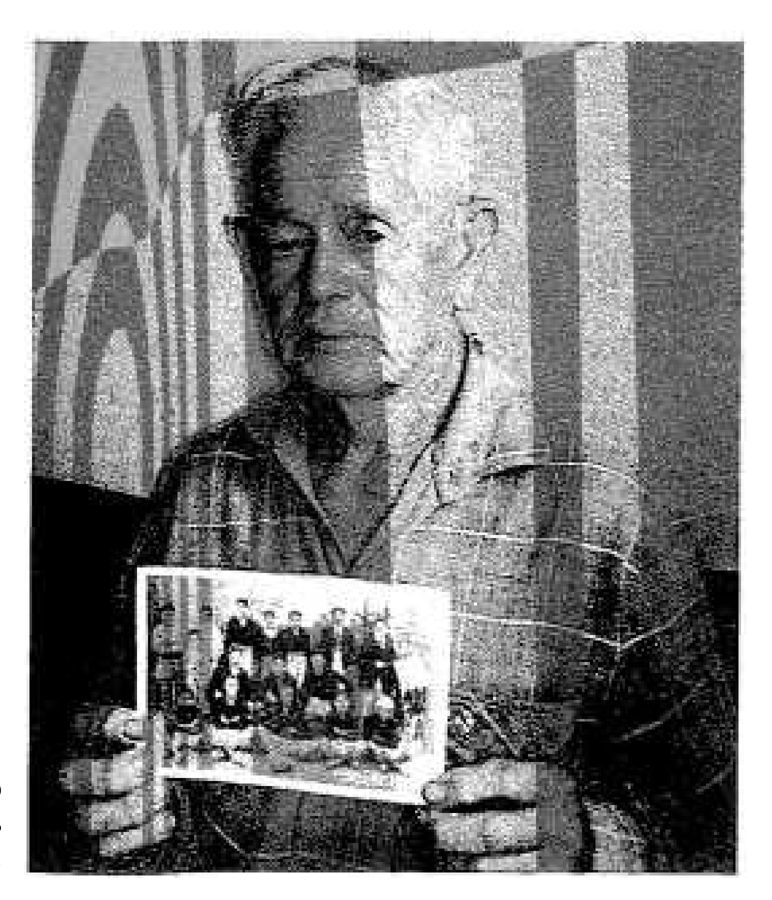
Antes de terminar la entrevista, satisfechos por los nuevos datos que daban nuevas luces sobre el caso João Prestes, y cuando no pensábamos añadir nada más a las informaciones prestadas, Luis Prestes nos dio una valiosa pista: la existencia de, posiblemente, el último testigo vivo de las postreras horas de vida de João.

—Es un señor casi centenario, pero muy lúcido y fuerte. Vive cerca de mi barrio, en São Roque. Esta es su dirección.

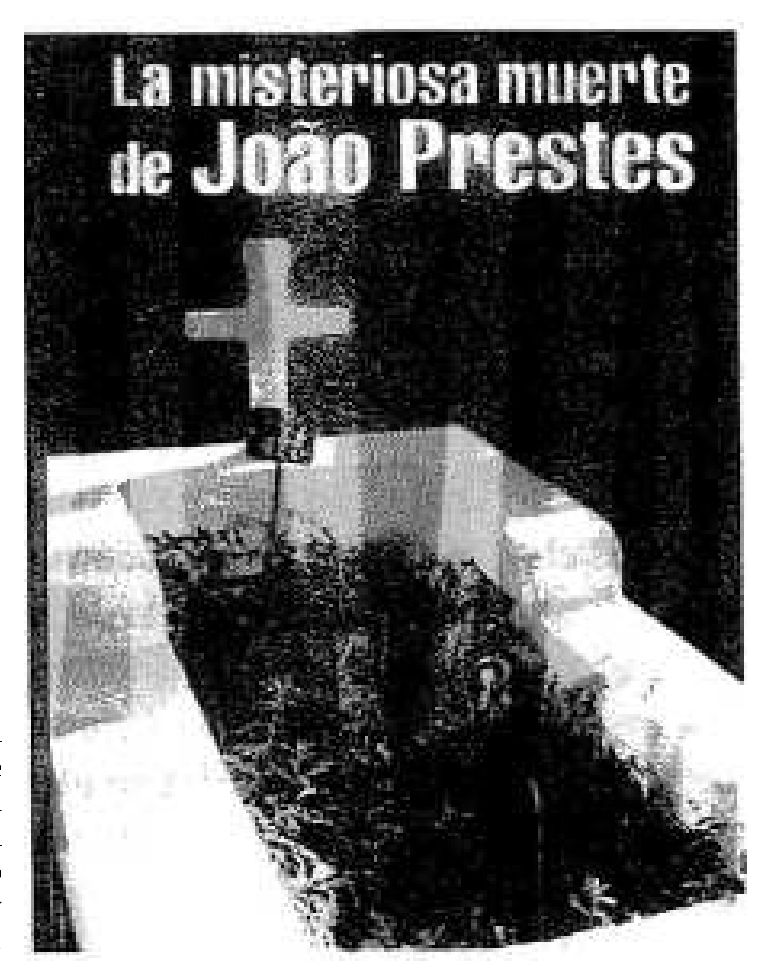
Inmediatamente nos dirigimos hasta la casa de Vergílio Francisco Alves. Cuando llegamos, su hija nos comunicó que el padre estaba trabajando en el huerto enfrente de la casa, cortando con una hoz la maleza. Al cabo de un rato apareció Vergílio que, para nuestra sorpresa, nos mostró su carné de identidad donde daba fe de sus noventa y dos años de existencia con plena salud.

Sentado en el raído sofá de su sencilla casa, Vergílio nos contó que era primo segundo de João Prestes.

—Yo nací y me crié en Araçariguama. Allí empezó a trabajar en la mina de oro de Morro Velho a los quince o dieciséis años. Había un ingeniero inglés que no sabía escribir mi nombre y me llamaba «garoto de ouro» («niño de oro»).



Vergílio Francisco Alves fue testigo del sufrimiento atroz de Prestes hasta poco antes de su muerte.



Artículo de Villarrubia, para la revista Enigmas, en el que aparece la presunta tumba en Araçariguama donde yacía Prestes. Al parecer, el cuerpo estuvo en Santana do Parnaíba hasta que fue exhumado y robado.

Pero os cuento lo que sé sobre la horrible muerte de João. Fue en 1946 y era Carnaval. Se fue a pescar cerca de allí, en el río Tietê, montado en su carroza, mientras que la esposa y los hijos se fueron a las festividades. Hacía tiempo seco, no llovía. Cuando regresó puso su caballo en el corral y le dio de comer maíz. Enseguida echó los peces en una cazuela y calentó en el homo a leña el agua para lavarse en una palangana. Cuando se cambió de ropa se le apareció, en un cuarto, una especie de rayo o luz amarilla que iluminó todo. João sintió que su cuerpo ardía y que la barba, aún corta, estaba quemada. Aterrado, y sin poder mover las manos, João levantó el pestiño de la puerta de salida de la casa con los dientes y se lanzó descalzo a la calle, pues nunca usaba calzado, corriendo más de dos kilómetros hasta llegar, a gritos, cerca de la iglesia de Araçariguama, a la casa de su hermana María. Allí se tiró sobre la cama y dijo que estaba quemado. Vino enseguida el comisario de policía, João Malaquías, quien le dijo que no era para culpar a nadie por lo que le había sucedido, pues lo que le había atacado no era «cosa de este mundo». Después empezó a tronar, tronar y cayó una fuerte lluvia…

Esta parte del relato de Vergílio me recordó el caso Varginha, ocurrido en 1997, en Minas Gerais, cuando después de la aparición y supuesta captura de una o más criaturas, supuestamente de origen extraterrestre, sucedió un violento aguacero como jamás se había visto en Varginha. En muchos casos «Fortianos» (en homenaje a Charles Fort, investigador de hechos insólitos), suelen ocurrir cambios importantes atmosféricos.

—Entonces, ¿usted vio a João Prestes cuando agonizaba? —le indagó Claudio Suegana a Vergílio Alves.

—Sí. Mi primo, Emiliano Prestes, era mi vecino y me llamó. Cuando llegué a casa de María me encontré a João Malaquías, el comisario, hablando con João, este tumbado en la cama y se le empezaba a trabar la lengua. Su piel, que era blanca, estaba tostada, medio rojiza, como si se hubiera asado. Lo más quemado eran las manos y el rostro. Las manos las tenía retorcidas. Su pelo no se quemó y tampoco sus pies ni las ropas. Solo se quemó de la cintura para arriba. Los pies los tenía desollados por haber venido corriendo y pisado sobre piedras.

—¿En ningún momento usted vio que la carne de João se le cayera a pedazos? —le pregunté.

—No, no. Tenía la piel y la carne quemadas, pero no se le caían. Creo que fue cosa del boitatá, pues este ya le había atacado anteriormente a João… —nos revelaba Vergílio.

Claudio y yo nos mirábamos con estupefacción ante la novedosa información del lúcido nonagenario.

—Cuéntenos esta otra agresión… —le dijimos casi al unísono.

—Cuando João era tropero [conductor de ganado], aún muy joven vivía junto con el padre en Araçariguama. Un cierto día, al atardecer, cuando conducía los burros por un cerro, vio un fuego que cayó del cielo, una bola de fuego. Estaba cerca de una capilla, donde había una cruz, y sintió la bola pasando a su lado, y casi lo golpeó. João me contaba que allí, a veces, se veían diez o doce bolas que surgían en el cielo. Algunas eran rojizas, otras del color de la luna. A veces, cinco o seis caían al suelo y explotaban. La gente llamaba esas luces de boitatá… —seguía contándonos Vergílio.

Abro un paréntesis para explicar que la palabra «boitatá» es de origen indígena y designaba misteriosas luces que solían perseguir y hasta matar a los nativos, según las crónicas coloniales portuguesas y los relatos del padre canario José de Anchieta en el siglo XVI.

El propio Vergílio fue testigo de la aparición de una de tales luces, que surgió por detrás de la montaña donde estaban las minas de oro y cayó en otro cerro, donde también siempre aparecen luces raras: el cerro de Saboão.

—También llamábamos de «mãe do ouro» [«madre del oro»] a esas bolas de fuego. También había el «lagarto de oro», un fuego alargado que se movía en línea recta, despacio, sin hacer ruido.

La misteriosa mina de oro de Morro Velho está hoy por hoy abandonada. Allí, uno de los principales focos de apariciones de luces, vivió el general canadiense George Raston, que fundó la mina en 1926 y fue cerrada a finales de los años treinta.

Mientras comíamos algunos deliciosos plátanos cultivados por Vergílio en su finca, este nos contaba que en Araçariguama se habían visto hombres-lobo, confirmándonos las informaciones facilitadas por Luis Prestes.

—¿Quién se llevó a João al hospital? —le pregunté a Vergílio para retomar y concluir nuestra entrevista sobre el caso.

—Malaquías, el comisario, se lo quería llevar a un hospital de São Paulo, pero la carretera estaba muy mal y se fueron hasta Santana do Parnaíba. Luego se le pidió una explicación a la policía técnica y no pudieron dar una respuesta para el suceso, solo dijeron que no había nada quemado en la casa de João, pues algunos aseguraron que se había quemado con un candil.

* * *

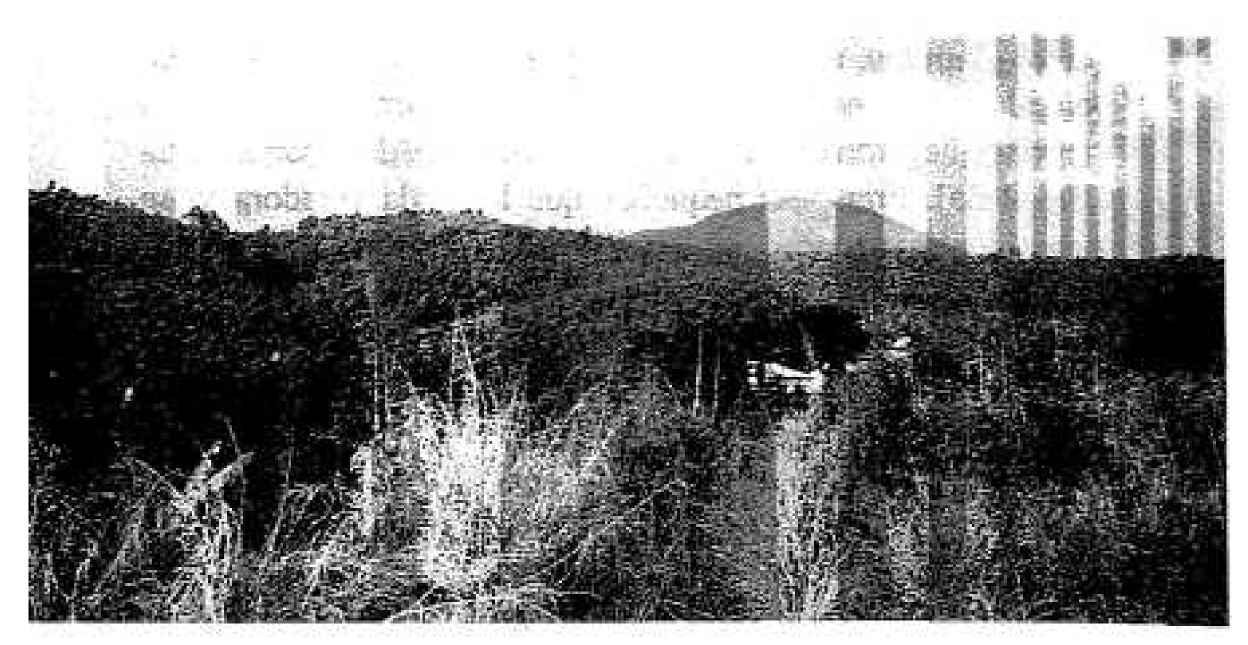
Aún aturdidos por las nuevas informaciones que poseíamos sobre el caso Prestes, nos subimos al único autobús que hace línea entre São Roque y Araçariguama. Desde 1946, cuando era una villa sin luz, agua corriente ni alcantarillas. Araçariguama no había crecido demasiado y todavía abundaban las serpientes venenosas. Es uno de los pueblos más antiguos de la región y tiene unos siete mil habitantes. Fue fundado hace casi trescientos cincuenta años, donde vivían los «bandeirantes», los conquistadores de las inmensidades territoriales de Brasil.

Según un informe publicado en los años sesenta por el ya fallecido ufólogo Walter Bühler, la policía precintó la casa de João y fue luego derrumbada, pues, aparentemente, sus familiares no tenían valor para volver al hogar, quizá por interpretarlo como una casa maldita.

En Araçariguama nos atendió Fabiana Matías de Oliveira, jefa de prensa del pequeño Ayuntamiento, y nos llevó hasta su tío, Hermes da Fonseca, de casi setenta años, conocedor profundo de la historia y de las gentes de la región. Como muchos brasileños de su edad, seguía trabajando para ganarse la vida haciendo algunas pequeñas reformas en una finca cercana al Ayuntamiento. Hermes se sentó en un tronco y nos empezó a contar su vida, su llegada a Araçariguama en 1945 y que una serpiente de cascabel le había mordido, dejándole una profunda huella en el tobillo, que nos mostró con orgullo.

—Yo conocí a João Prestes. Me acuerdo perfectamente de la fecha de su muerte, el 5 de marzo de 1946. El difunto dejó cinco o seis hijos y la viuda. Yo no llegué a ver su cuerpo, solo unas pocas personas, pero decían que tenía el cuerpo quemado. Más tarde la prensa publicó que su cuerpo se había derretido, se había caído a trozos —nos contó el septuagenario.

—Aquí siempre han ocurrido cosas raras. Un año después de la muerte de João, su hermano, Emiliano Prestes, vio, cerca del cementerio, dos bolas de fuego que subían, se golpeaban entre sí, volvían a subir y repetían la misma acción. De repente las luces empezaron a rodearlo y sintió un calor muy intenso. Se arrodilló y rezó hasta que las luces se fueron. Aún hoy en día, pero con menos intensidad, se ven esas luces aquí cerca, en Ibaté, entre Araçariguama y São Roque. Cuando se golpean sueltan chispas, pero no se deshacen. Giomar Gouveia, campeón de hípica y dueño de unos establos en Ibaté, vio una luz sobre sus animales que desprendía rayos de luz de color naranja. Eso ocurrió en 1995 —nos contaba Hermes da Fonseca.



Vista panorámica de las sierras de Araçariguama.

Entusiasmado por nuestro interés, Hermes siguió, con impresionante memoria, recordando fechas y otros datos, situación digna de nombramiento como «cronista oficial» de Araçariguama.

—En 1960 un conductor de autobuses, Celso Gomide, venía de São Roque cuando vio una luz roja que le hizo parar el vehículo. La luz se aproximó a la cabina, y Gomide, asustado, se puso a rezar. Los pasajeros se quedaron perplejos ante la insólita luz que los rodeó durante más de veinte minutos.

Y siguió recordando Hermes:

—En 1955 yo trabajaba en la construcción de un teleférico de la fábrica de cemento Santa Rita, para transportar las piedras de una cantera aquí, en Araçariguama. Era el día 24 de agosto de ese año y hacía un calor insoportable, cuando yo y otros trabajadores vimos un objeto muy azul que flotaba en el cielo tan grande como una llanta de un camión, muy alto, de color aluminio, que daba vueltas y desprendía humo, dejando círculos de humo blanquito. Lo vimos a las once y cuarto, y a las doce llegaron cinco o seis aviones de la FAB [Fuerza Aérea Brasileña], Eran más pequeños que la rueda voladora y, en unos pocos segundos, se largó dejando atrás los aviones militares. Al día siguiente, el periódico *Folha de São Paulo* publicó un artículo donde se comentaba que miles de personas habían visto en Osasco (cerca de Araçariguama) un platillo volador con las mismas características.

A menos de un kilómetro del pueblo está el cementerio. Allí encontramos al enterrador, Nelson Oliveira, de cincuenta y tres años, que nos llevó hasta la tumba donde yacían los restos mortales de João Prestes. Sobre la caja de

cemento recubierta por tierra solamente sobraba una tosca cruz y un número de identificación. Por un momento, Claudio y yo sentimos un nudo en la garganta y nos vino a la mente lo que podrían ser las imágenes de los últimos momentos de sufrimiento de João Prestes. Recompuestos, preguntamos a Nelson —que desde 1976 trabajaba como enterrador— si había visto algo raro en la región.



Nelson Oliveira, el enterrador de Araçariguama que vio un ovni en forma de sombrero sobre el cementerio en 1989.

—Hacia 1989 vi una cosa rara, redonda, volando sobre el cementerio. Era como un sombrero, pero al revés, hacia abajo. Era todo como de aluminio, y destellaba a ratos cuando se movía, en línea recta, despacio pero balanceándose. Iba en dirección a São Paulo —nos contaba el enterrador, mostrándonos su propio sombrero, invertido, para ilustrar el avistamiento.

Según una entrevista personal que hice al ufólogo Antonio Ribera en Barcelona, João Prestes pudo ser quemado por el sistema de propulsión de una nave extraterrestre. «No creo que los alienígenas quisieran herir o matar

al campesino. Simplemente no sabían lo que podía pasar si se acercaban demasiado a los seres humanos», me contó Ribera.

Nos sobró tiempo para reflexionar sobre la terrible muerte de João Prestes Filho a bordo de un destartalado autobús que dejaba atrás Araçariguama.

—¿Qué piensas que era la luz que mató a Prestes? —pregunté a Claudio.

—Quizás un relámpago globular o esférico —contestó.

—Pero ¿cómo explicar las otras luces y las criaturas de la región? —insistí.

El historiador enmudeció, se encogió de hombros y lanzó una última mirada sobre la torre de la iglesia de aquel pueblo maldito.

* * *

El caso João Prestes solo pasó a ser conocido internacionalmente a partir de septiembre de 1971, cuando el ufólogo Irineu Silveira anunció la posible conexión entre la muerte del campesino y el fenómeno ovni durante el II Simposio Nacional sobre Vida Extraterrestre que se celebró en São Paulo.

Varios investigadores pusieron manos a la obra y revisaron el caso. Walter Bühler, uno de los más notorios ufólogos de Brasil, creía que las quemaduras de Prestes se debían a un accidente con un candil. Sin embargo, la mayoría divergía, señalando a Bühler de pertenecer a la línea «angelical» de la urología, es decir, aquella que predica que los extraterrestres vienen a la Tierra para hacer el bien y no el mal.

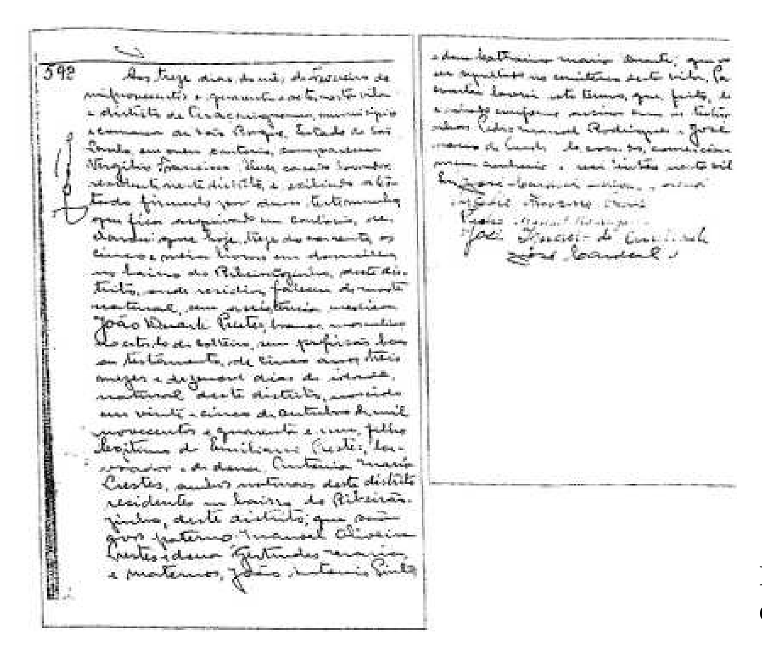
Otros, como el decano ufólogo Femando Grossmann, pudo entrevistar a un testigo directo del caso en 1974, el ex aprendiz de enfermero Aracy Gomide. A partir de las informaciones prestadas por Gomide, Grossmann y el médico Luiz Braga llegaron a la conclusión que las quemaduras de Prestes se asemejaban a «los efectos indirectos de una explosión nuclear. Tal como ocurrió con algunas víctimas de Hiroshima y Nagasaki, la radiación afectó a las células vivas pero no a las muertas, como los tejidos de las ropas y los cabellos». Pero ¿quién tendría en Araçariguama, en 1946, una fuente de emisión de partículas atómicas de potencia controlada y encausada?

—No es un caso aislado —me comentaba Grossmann en una entrevista que me concedió en São Paulo—. Existen muchos paralelos entre su muerte y aquellas que sucedieron en el Estado de Para, región amazónica de Brasil, a finales de los años setenta y principios de los ochenta.

El investigador destaca que en el día de la muerte de João Prestes, un funcionario del Ayuntamiento de Araçariguama, Alencar Martins Gonçalves,

vio una «bola de fuego» en las cercanías del cementerio.

Las declaraciones de Gomide se hicieron eco internacionalmente y la mayoría de los relatos publicados en libros, revistas y boletines centraban el caso Prestes solamente en este testigo. Muchas de las informaciones prestadas por el ex aprendiz de enfermero no parecen coincidir con las de Luis y Roque Prestes y Vergílio Francisco Alves. Gomide contaba que João, al llegar de la pesquería, saltó por una ventana para entrar en su casa, pues su esposa había cerrado la puerta al salir. En ese momento hubiera visto la luz intensa que le quemó. Gomide, que había trabajado como enfermero en el ejército, fue solicitado para atender a João Prestes, con el que mantuvo una conversación durante su lenta agonía, que duró entre seis y nueve horas.



Las dos hojas del certificado de defunción de João Prestes Filho.

El enfermero reveló que se desprendían tiras de carne de los brazos de la víctima, exponiendo de esa manera sus huesos y tendones sin que manifestara cualquier atisbo de dolor. Las partes más afectadas fueron el rostro y los brazos, pero sin presentar oscurecimiento, sino descomposición, explicación que no cuadra con las de Luis Prestes y Vergílio, que coinciden en el aspecto tostado o quemado de la piel de la víctima. Por otro lado, todos coinciden en que la camisa, el pantalón y los cabellos de João permanecían intactos.



Claudio Suenaga, ufólogo e historiador, rescató el certificado de defunción de Prestes.
Es autor de una tesis académica sobre ufología.

Claudio Suenaga logró recuperar el certificado de defunción de João Prestes en el Registro Civil y Notario de Santana de Parnaíba. Comide decía que Prestes había muerto entre las tres y cuatro de la madrugada del día 6 de marzo, cuando realmente el suceso ocurrió —según el atestado— a las 22 horas del día 4 de marzo, y no el día 5, como hasta ahora se tenía en cuenta. El médico Luiz Caligiuri señaló en el documento la causa de la muerte como «colapso cardiaco, quemaduras generalizadas de primer y segundo grados». La edad de João, hasta entonces divulgada, era de 39 años, pero el documento señala 44 años de edad cuando falleció.

En un área circunscrita a São Roque, Santana do Parnaíba, Araçariguama y otros pueblos aledaños al noroeste de una de las ciudades más pobladas del planeta (São Paulo, con 18 millones de habitantes) ocurren desde hace muchos años una serie de fenómenos insólitos.

En Santana da Parnaíba, donde murió João Prestes, el boletín *Supysáua* (marzo de 1994), del Grupo Ufológico do Guarujá (encabezado por Edson Boaventura y Jamil Vilanova, uno de los mejores ilustradores de ovnis del mundo), informaba que tres niños habían avistado un ovni luminoso el 4 de enero de 1994. El objeto se acercó al patio de la residencia y estuvo flotando a

menos de 15 metros de los testigos. Su color mayoritario era amarillo y poseía luces verdes y rojas centelleantes. Lo curioso es que dentro de la luz amarilla se podía observar una presunta estructura metálica de forma ovalada encimada por una especie de semicírculo a modo de cúpula. Lo que más sorprendió a los niños fueron los movimientos bruscos y en zigzag que describió el ovni al partir raudo y veloz.



UFOS VISITAM SANTANA DO PARNAÍBA - SP

Por Adriano Richard *

No Km 41 da Rodovia Castelo Branco, está localizada a Fazenda Lila, em Santana do Parnaíba-SP, palco de 3 avistamentos ufológicos.

Os caseiros Osmar Gregório da Silva, 27 anos, junto com sua esposa Jociene Silva Souza, 22 anos, observaram no dia 7 de abril de 1.994, às



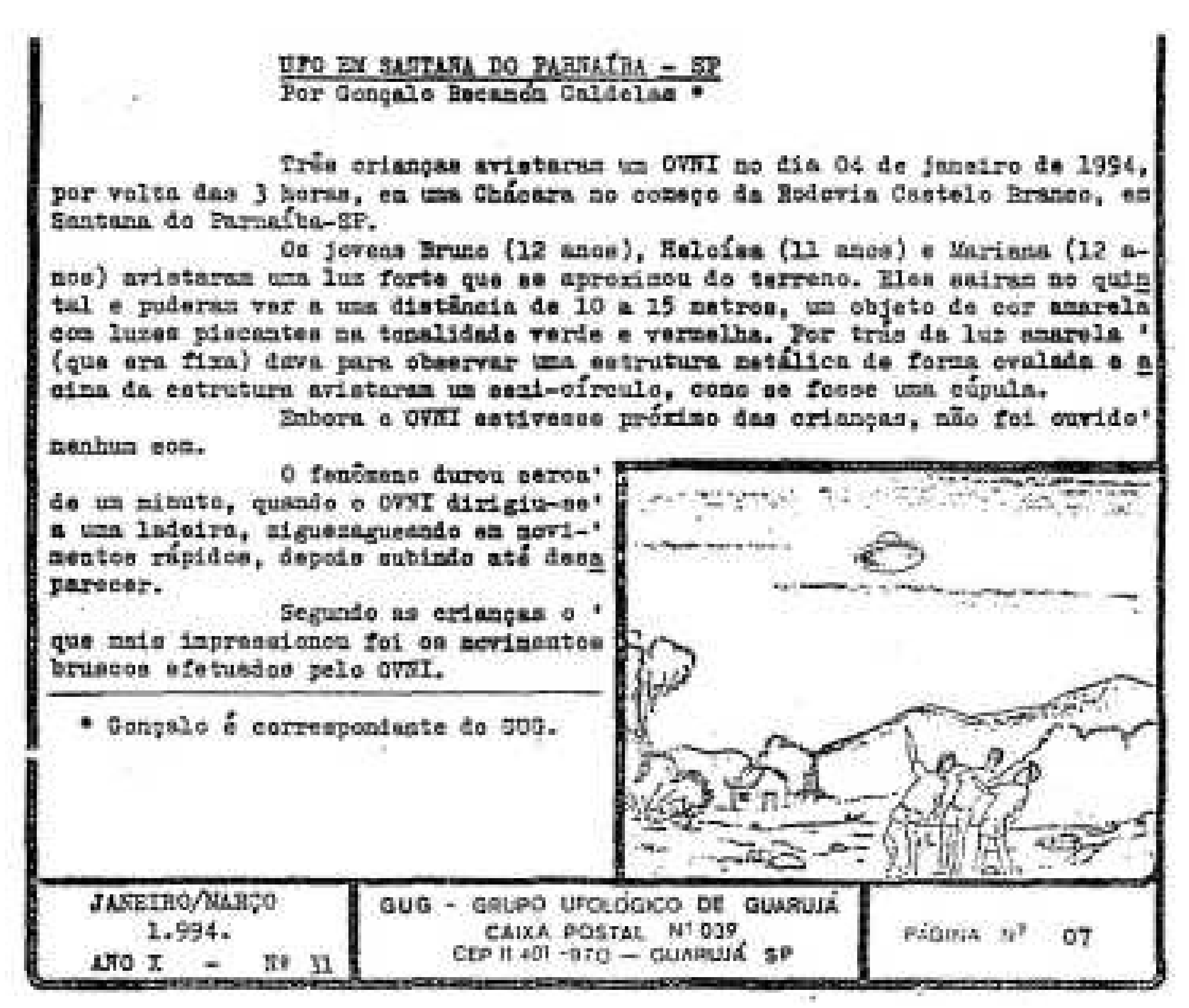
21:30 horas, um objeto redondo de aproximadamente 3 metros de diâmetro, ficar flutuando por entre as árvores ao lado de sua residência. Este aparelho não fazia nenhum ruído, tinha "cor de fogo" nas laterais e de vermelho bem escuro ao centro. Possuía várias luzes coloridas ao seu redor que piscavam, ora azuis ora todas vermelhas.

Osmar conta que o céu estava sem nuvens e não havia vento forte. Quando tentou aproximar do objeto para poder ver melhor (apesar de estar a menos de 10 metros do UFO), sua esposa o impediu, dizendo que poderia ser perigoso. Os dois então foram dormir e perceberam que até aproximadamente 24:30h o mesmo ainda se encontrava nas imediações.

Conta Jociene que esta não foi a primeira vez que viu algo deste tipo. Há 2 anos atrás ela estava com a irmã de Osmar, a Sra. Regina e mais outra testemunha, quando uma "bola de fogo" de aproximadamente 1 metro de diâmetro com um "rabo" de quase 7 metros de comprimento, passou próximo à eles numa velocidade incrível.

Em 1.993, na mesma fazenda e a aproximadamente 100 metros da residência do Sr. Osmar, a menina Regiane Barbosa da Silva, 12 anos, estava indo para o quintal de sua casa às 20:00 horas, quando viu um objeto redondo de aproximadamente 5 metros de diâmetro. Aquele objeto da cor prata ia

Boletín Supysáua de julio-septiembre de 1994; presenta los casos de avistamientos de ovnis sobre Santana do Parnaíba; este recoge el de la niña Regiane Barbosa, que fue atacada por un ovni en 1993.



UFO EM SANTANA DO PARNAÍBA - SP
Por Gonçalo Recanda Caldelas *

Três crianças avistaram um OVNI no dia 04 de janeiro de 1994, por volta das 3 horas, em uma Chácara no começo da Rodovia Castelo Branco, em Santana do Parnaíba-SP.

Os jovens Bruno (12 anos), Heloísa (11 anos) e Mariana (12 anos) avistaram uma luz forte que se aproximou do terreno. Eles saíram no quintal e puderam ver a uma distância de 10 a 15 metros, um objeto de cor amarela com luzes piscantes na tonalidade verde e vermelha. Por trás da luz amarela (que era fixa) dava para observar uma estrutura metálica de forma ovalada e acima da estrutura avistaram um semi-círculo, como se fosse uma cúpula.

Embora o OVNI estivesse próximo das crianças, não foi ouvido nenhum som.

O fenômeno durou cerca de um minuto, quando o OVNI dirigiu-se a uma ladeira, ziguezagueando em movimentos rápidos, depois subindo até desaparecer.

Segundo as crianças o que mais impressionou foi os movimentos bruscos efetuados pelo OVNI.

* Gonçalo é correspondente do GUG.

JANEIRO/MARÇO 1.994.
ANO X - Nº 11

GUG - GRUPO UFOLÓGICO DE GUARUJÁ
CAIXA POSTAL Nº 039
CEP 11.401-970 — GUARUJÁ SP

PÁGINA Nº 07

Boletín Supysáua (enero-febrero), del Grupo Ufológico do Guarujá, muestra un caso de ovni visto por varios chicos en Santana do Parnaíba en 1994.

En el mismo año y zona, en el mes de abril, un matrimonio observó en su finca (Lila, en el kilómetro 41 de la carretera Castelo Branco) un objeto esférico de tres metros de diámetro que flotaba entre algunos árboles y que no emitía ningún ruido. Su color era rojizo y el centro era más oscuro. A su alrededor estaban varias luces parpadeantes más pequeñas, alternando el color azul y rojo.

Antes, en 1993, en la misma finca, la niña Regiane Barbosa da Silva, de doce años, vio un objeto esférico de unos cinco metros de diámetro de color plateado. El ovni, de pronto, le disparó un haz de luz amarilla que cubrió su cuerpo e iluminó todo el terreno. Tras lo sucedido, Regiane presentó síntomas como dolor de cabeza y una irritación en los ojos. Tres meses después otro testigo vio el mismo objeto en el mismo sitio. Los celadores de la hacienda Lila afirmaron haber visto dos humanoides flotando sobre un riachuelo dentro de la finca.

Una anciana japonesa, que residió durante su juventud en Santana do Parnaíba, comentó a Suenaga que había visto a una criatura mixta de hombre-lobo y centauro en las inmediaciones del Sitio do Morro. A finales de 1996 y principios de 1997 en São Roque se vivió una de las más intensas oleadas de ataques de chupacabras de toda Suramérica.

Capítulo 2

Muerte misteriosa en la isla de los Cangrejos

LA MAÑANA era calurosa y húmeda en São Luís, capital del Estado de Maranhão, una zona limítrofe con la Amazonia al norte de Brasil. A escasos kilómetros del centro, en el muelle de Itaqui, intentaba localizar algún pescador o barquero que pudiera llevarme a la misteriosa isla de los Cangrejos.

—No, de modo alguno. Aunque usted pague muy bien por el viaje. Nadie desea dejar sus huesos allí —me dijo un mulato fornido que mordía la punta de un cigarrillo de paja de forma displicente.

—¿Y por qué no? —insistí.

—Creo que usted no sabe que la isla de los Cangrejos es un lugar encantado, allí existen cosas del más allá. Mucha gente ha muerto y no se sabe exactamente la causa. Usted puede preguntar por aquí en el puerto, pero nadie le llevará.

Y el marinero tema razón. Pese a mi obstinación, nadie quiso llevarme. Y yo sabía el porqué, pero preferí callarme.

En la madrugada del día 26 de abril de 1977 algo verdaderamente insólito y pavoroso ocurrió en la isla. Dos hombres se despertaron dentro de una embarcación de madera con varias quemaduras en el cuerpo, y un tercero, José Correia, estaba muerto. Ninguno de los supervivientes, incluso un hombre que escapó ileso, fueron capaces de recordar qué había causado aquella tragedia.

En aquel entonces se barajó la hipótesis de que José Correia, de veintinueve años de edad, hubiera fallecido atacado por un platillo volador, puesto que no solo en la isla, sino también en casi toda la llamada Baixada

Maranhense, una zona llena de pantanos y manglares cercana a la costa atlántica, había una intensa oleada de apariciones de ovnis. En ese mismo año varias personas habían sufrido quemaduras y otras habían fallecido en el Estado vecino de Pará, en plena región amazónica. Estos ataques fueron achacados a los ovnis. Conocidos como «chupa-chupa», los casos fueron investigados por el Ejército del Aire brasileño, y hasta hoy no se ha dado a conocer ninguna explicación oficial.



Localización de la isla de los Cangrejos, cercana a São Luís, capital de Maranhão, en Brasil

De regreso a São Luís, busqué más datos que pudieran aclarar el misterio. En la biblioteca municipal —situada en una plaza repleta de vendedores ambulantes— me dediqué a desempolvar antiguos ejemplares de periódicos de la capital. Antes había intentado localizar a los médicos que examinaron los cuerpos de las víctimas, pero o ya habían fallecido o no se tenía noticias de ellos en el Consejo Regional de Medicina.

El primer titular que encontré decía: «Misterioso suceso en la isla de los Cangrejos». El artículo, publicado por el *Jornal Pequeño* el 29 de abril de 1977, mostraba la foto de los tres supervivientes de la tragedia. El comisario

de policía, José Argolo, era informado por Apolinario Correia, el único que escapó sin heridas o quemaduras, que su hermano José estaba muerto, pero sin marcas en el cuerpo, y que su otro hermano, Firmino, se hallaba en estado de coma.

Aureliano, el cuñado de los hermanos Correia, apenas articulaba palabra y, además de quemado, se encontraba muy debilitado. En el barco de madera el comisario no encontró ningún vestigio de pelea o de objetos quemados.

Apolinario Correia pilotó heroicamente el barco *María Rosa,* de 15 metros de eslora, con una sola vela y 15 toneladas de peso hasta el muelle de Itaqui.

El otro titular, «Supervivientes de la isla de los Cangrejos están incomunicados», publicado por *O Estado do Maranhao,* de 1 de mayo de ese mismo año, decía que los médicos del hospital municipal de São Luís prohibieron la entrada a los extraños que querían ver y hablar con Aureliano y Firmino, este último aún en coma.

Asimismo, contaba que el delegado José Argolo no había encontrado policías voluntarios para llevar a cabo investigaciones en la isla, a excepción del escribano Moacy Barros. Todos tenían miedo de ir a un lugar considerado maldito. En el mismo diario, pero con fecha del 4 de mayo presentaba un hecho anecdótico: otro delegado, Marcelino Ewerton, de la Tercera comisaría de la capital, se había comprometido a ayudar a su colega Argolo en una expedición hasta la isla.

Ewerton declaraba: «Amén de balas normales, llevaré una cartuchera con cartuchos debidamente preparados con paja de ajo que, según los más antiguos, tiene el poder de apartar las cosas del Anticristo», como si la fuerza desconocida que atacó a los marineros fuera el mismísimo hombre-lobo. Lo cierto es que ningún policía fue a la isla de los Cangrejos.

* * *

Al día siguiente volví a la biblioteca municipal y me encontré con otra noticia: Firmino Correia había recuperado la consciencia, tras ocho días en el hospital de la Cruz Roja. La víctima no sabía que su hermano José había muerto y no se acordaba de nada de lo que sucedió aquella madrugada.

El ya fallecido doctor Carneio Belfort visitó al enfermo y escuchó a Firmino murmurar, en pleno delirio, haber visto «un fuego pasando fuera del barco». Pero el hecho no pudo ser verificado en la hipnosis regresiva que se realizó con esta y las otras víctimas.

Un policía técnico, Jucilmo Salazar, opinó que la causa de la muerte de José se debía a una «descarga eléctrica procedente de un fenómeno natural», semejante a una «bola de fuego deambulando en el espacio». Salazar no pudo explicar por qué tal fenómeno no quemó la cortina que tapaba la entrada de la sentina del barco donde dormían José, Firmino y Aureliano; y tampoco aclaró por qué la «descarga eléctrica» no quemó las bermudas de Aureliano, puesto que poseía una amplia quemadura en su nalga derecha.



Apolinario, Firmino (en coma) y Aureliano, en una foto de un periódico de São Luís: heridas y traumas de por vida.

Hojeando el diario *O Estado do Maranhao* descubrí una noticia que me dejó perplejo, pues no aparecía en ninguno de los libros o informes relacionados con el caso de la isla de los Cangrejos. El titular rezaba así: «Chispa cósmica causa la muerte de un pescador», del día 7 de junio de 1977. Al principio pensé que se trataba del caso de los hermanos Correia, pero en realidad hablaba de la muerte de otra persona, un pescador llamado José Pinheiro que vivía cerca de Estiva, también en la Baixada Maranhense.

Junto con otro amigo, Pinheiro se fue a pescar a bordo de un barco el día 3 de junio y fue lanzado al mar por una «chispa cósmica» *(sic)* y allí murió. Un cadáver en avanzado estado de putrefacción fue encontrado en las aguas de la bahía de Ribamar el día 6 de junio. No se pudo confirmar su identidad y nada más se supo sobre este misterioso caso.

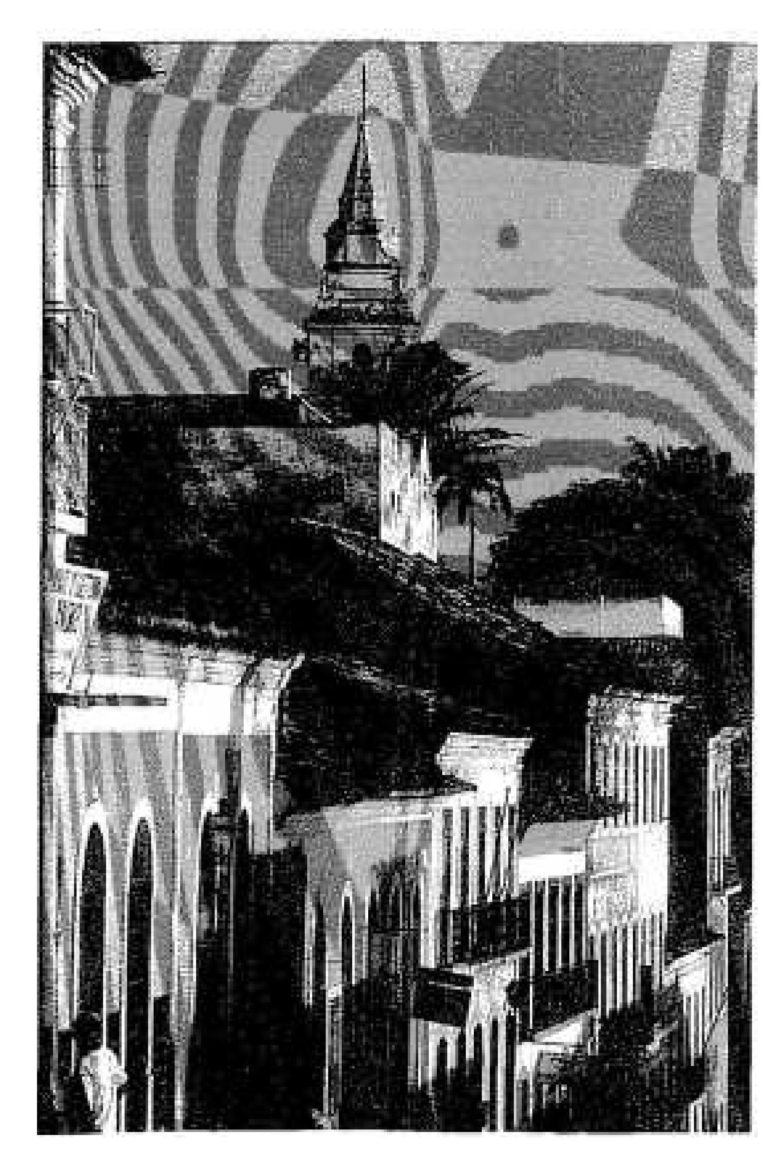
Más tarde conocí un caso ocurrido en Minas Gerais, a través del ufólogo Húlvio Brant Aleix. Se trataba de una mujer que vivía en un pueblo y que un día despertó con un brazo quemado sin saber cómo había sucedido aquello. Días antes, los vecinos vieron bolas de fuego sobrevolando la región.

* * *

La isla de los Cangrejos está situada en la bahía de São Marcos, a 75 kilómetros al sur de São Luís. Rodeada de manglares, su centro está ocupado por extensos campos y lagunas donde sólo habitan animales salvajes, como el jaguar y enormes serpientes. Pero quizá lo peor de todo sean los fieros mosquitos y las tenazas de millones de cangrejos gigantes que allí habitan.

La isla es relativamente grande, posee cerca de 22 kilómetros de longitud y su anchura varía entre los 11 y los 16 kilómetros. Según los moradores del pueblo de Penalva—cercano a la isla— a quienes entrevisté, los pocos pescadores y madereros que allí se atreven a navegar escuchan, por las noches, cantos religiosos, con salmos de lamentaciones, como si fueran las voces de fantasmas que retumban dentro de las selvas de la isla.

Ya casi sin esperanzas de encontrar supervivientes del caso y otras personas directamente involucradas en las investigaciones policiales, casi cejé en el empeño. Dos días antes de marcharme de São Luís logré localizar a tres traductoras de inglés que habían trabajado para el periodista y ufólogo estadounidense Bob Pratt (entonces del *National Enquirer*) y que entrevistaron a las víctimas.



São Luís: la vieja ciudad colonial está cercana a una de las regiones más activas en cuanto a ovnis de todo el planeta.



Isla de los Cangrejos: lugar maldito, según los pescadores.

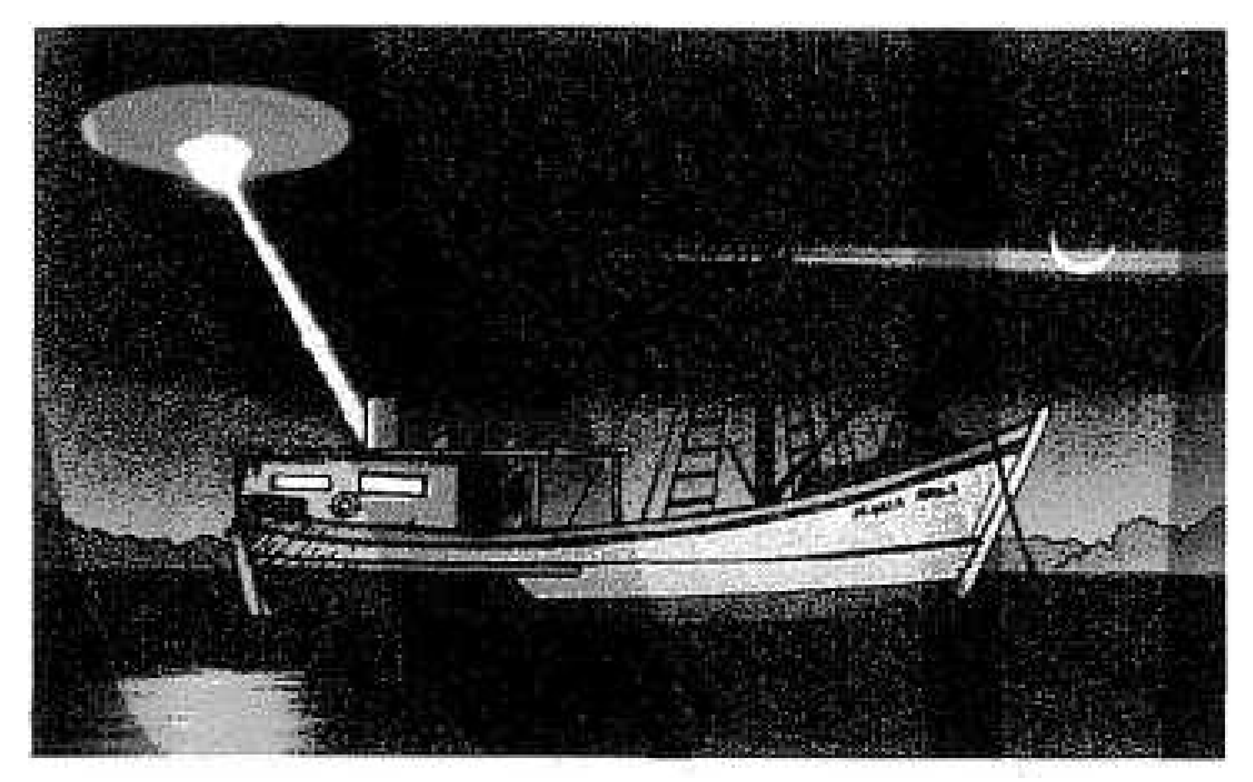
Me entrevisté en el hotel con Ana Tereza Brito, Monica Carneiro y Ángela Hadad, quienes de forma desinteresada y con simpatía me aportaron valiosas informaciones y pistas.

—En noviembre de 1978 Bob Prat vino a São Luís para investigar el caso. Fuimos hasta el muelle de Itaqui, donde estaba el barco *María Rosa* y no vimos ningún vestigio de fuego dentro o fuera. Nosotros entrevistamos a los supervivientes, — me comentó Ménica Cameiro.

—¿Cómo eran las quemaduras de Firmino Correia? —le pregunté.

—Tenía varias quemaduras de segundo grado, muy graves, en el lado izquierdo del tórax y en la parte interna del brazo izquierdo, que estaba todo lleno de edemas. También presentaba una quemadura de tres centímetros de diámetro y un moratón en la frente. Cuando salió del estado de coma, sus brazos estaban sin fuerza y su mano izquierda paralizada. Esta secuela en la mano se le quedó para siempre. Con el tiempo fue debilitándose, creemos que debido a lo que le pasó.

—¿Cómo estaba el cuerpo de José Correia, el fallecido?



Reconstrucción del presunto ataque de un ovni al barco María Rosa. (Dibujo de Jamil Vilanova.)

—No poseía señales visibles de quemaduras o de agresiones, y el cuerpo estaba semirrígido. Según los médicos, el «rigor mortis» ocurre tres o cuatro

horas después de la muerte. Cuando Apolinario encontró el cuerpo del hermano ya llevaba muerto, como mínimo, tres horas.

—¿Hizo el forense una autopsia del cadáver?

—No. La «causa mortis», según los documentos del Instituto Médico Legal, fue un accidente vascular cerebral causado por hipertensión arterial como consecuencia de un choque emocional. Pero los médicos no dijeron qué pudo provocarlo. Se especuló que fuera una «chispa cósmica», pero de eso no quedó nada definido. Además, fuimos al aeropuerto de São Luís y allí verificamos con el servicio meteorológico que no hubo mal tiempo por aquellos días.

—El director del departamento, Natalino Filho, dijo que un rayo podría caer al agua y pasar por el barco, pues el agua es buena conductora de electricidad. Sin embargo, si esto hubiese ocurrido, Apolinario, que estaba en la cubierta durmiendo, también debería haber muerto o, como mínimo, haberse quemado… —puntualizó Ángela Hadad.

—¿Y qué iban a buscar en la isla? —pregunté.

—Iban a talar árboles para construir casas palafíticas. Sobre la medianoche debían empezar los preparativos para levar ancla y salir un poco más tarde con la subida de la marea. Pero eso nunca ocurrió, porque Apolinario, el único que dormía fuera, sobre la cubierta, cuando se despertó eran ya las cinco de la mañana, con los primeros rayos de sol. José dormía en una hamaca, en la entrada de la sentina, cubierta esta por una cortina para evitar la entrada de los mosquitos, junto con Aureliano y Firmino —me relató Ángela Hadad.

Lo curioso —pensé para mis adentros— es que José no tenía ningún rasguño y, según la hipótesis del rayo esférico, este tendría que pasar por la cortina y quemar primero a José. Esto no ocurrió.

El examen médico realizado en Aureliano detallaba que este presentaba varias quemaduras de segundo grado con bordes ennegrecidos. Una de ellas medía 14 centímetros de largo por dos de ancho sobre el hombro derecho y otra de 17 centímetros cubría el hombro izquierdo. Una tercera quemadura de segundo grado marcaba la nalga derecha. Nadie supo explicar por qué la bermuda no se había quemado.



Misteriosas muertes en la isla de los Cangrejos

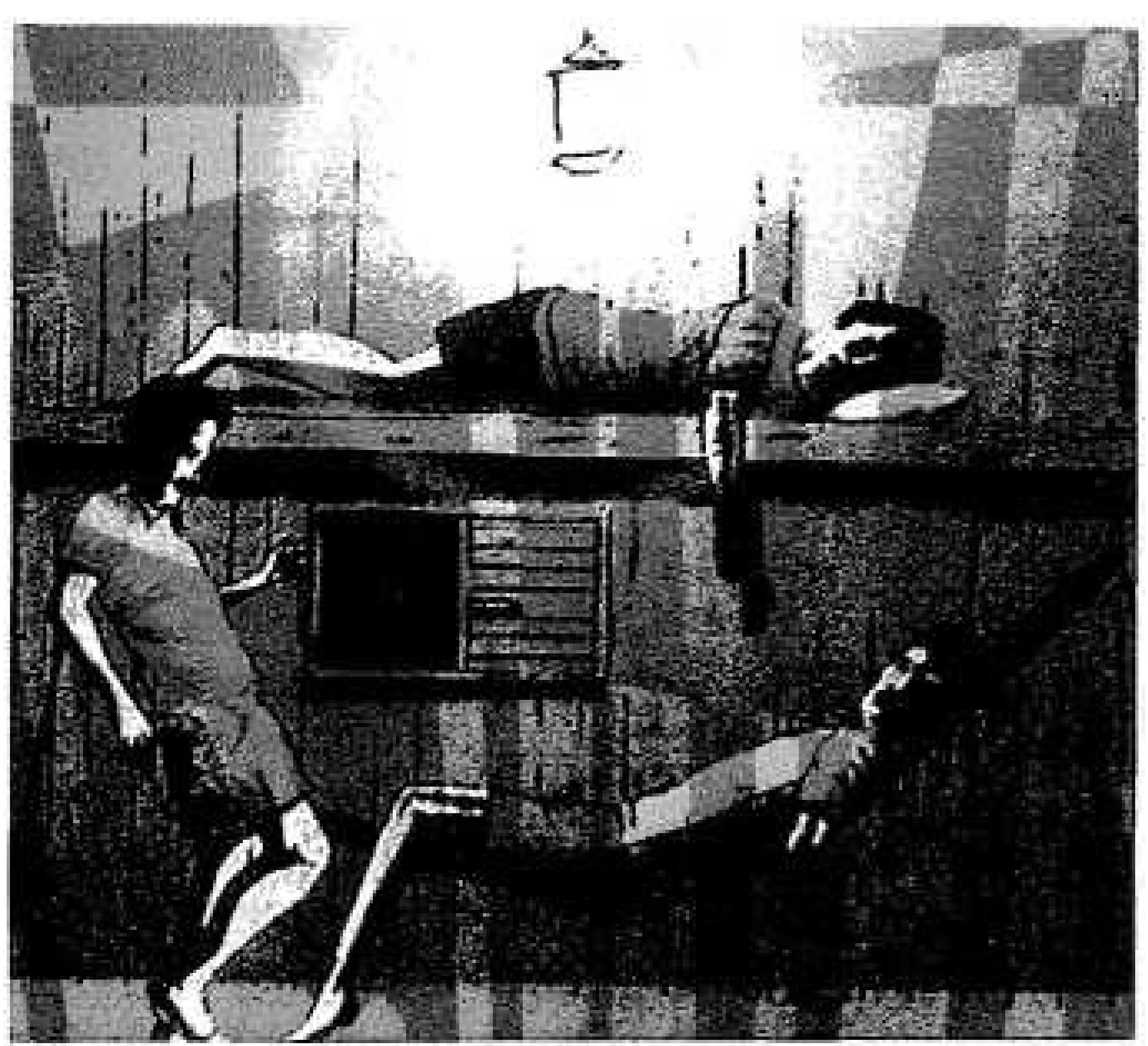
Artículo de Villarrubia en la revista Enigmas, donde se presentaban las nuevas investigaciones sobre el caso de la isla de los Cangrejos.

—¿Qué pasó aquella noche? —volví a preguntar.

—Apolinario durmió sobre la cubierta, al aire libre, mientras que José, Aureliano y Firmino se fueron al sótano. Debían despertar a la medianoche. Cuando Apolinario abrió los ojos eran las cinco de la madrugada y ya estaba amaneciendo. Escuchó primero los gemidos de Aureliano que, sin que él mismo lo supiera, apareció tumbado en la cubierta y sin sensibilidad en los brazos y piernas.

Durante la conversación-entrevista, Ana Tereza buscó en una guía telefónica el nombre de Pedro Correia, el único de los hermanos Correia que poseía teléfono.

—Creo que estás de suerte —me dijo—, pues a través de Pedro podremos encontrar a Apolinario y así podrás entrevistarlo.



Reconstrucción de la situación a bordo del barco María Rosa: un ocupante muerto y los otros heridos. (Dibujo de Jamil Vilanova.)

Sin más tardanzas, Tereza llamó a Pedro y quedamos en vernos aquella misma noche para concretar cómo localizaríamos a Apolinario. Este vivía fuera de la ciudad, en un barrio muy pobre. La intérprete puso a su hijita dormida en el asiento de atrás de su automóvil y nos dirigimos hasta la casa de Pedro, en medio de una peligrosa favela (núcleo o barrio de casas miserables) de São Luís. Allí acordé recoger, al día siguiente, a la esposa de Pedro, Nazareth, para que me acompañara hasta la casa de Apolinario, perdida en un laberíntico arrabal cuyas calles no teman nombre ni números.

* * *

Al día siguiente contraté a un taxista para llevarnos, a Nazareth y a mí, hasta el testigo.

—¡Pobre Apolinario! —exclamaba la mujer—. Después de aquello se quedó con una pierna tiesa, y en uno de los brazos ya no tiene fuerza. Para mayor desgracia, de los cien dólares que gana mensualmente dedica la mitad a comprar medicamentos para un hijo de nueve años discapacitado mental.

—Y Firmino, ¿cómo está de salud?

—Hace tiempo que no tenemos noticias de él, pero vive en un pueblo del interior. Yo le cuidé durante varios meses después de que saliera del hospital, donde estuvo en coma. Yo lo bañaba, lo ponía a dormir, le limpiaba las heces…; fue horrible, mal podía hablar. Con el tiempo fue mejorando, recuperó los movimientos. Todavía hoy habla como un niño y su voz cambia de un tono agudo al grave y su mano izquierda se quedó torcida. Su esposa se lo llevó y le ayuda en un pequeño comercio.

—¿En qué condiciones estaba Firmino cuando usted le visitó en el hospital? —le pregunté a Nazareth en el taxi.

—Tema varias ampollas llenas de agua en el brazo izquierdo y le habían arrancado la piel y carne debajo del brazo, en las costillas. Las ampollas se secaron pero hasta hoy tiene las cicatrices. Y el brazo afectado por las quemaduras se quedó reseco.

—¿También le quedaron secuelas a Aureliano?

—Sí, también. Era un hombrón. Trabajaba cargando sacos en el muelle. Enflaqueció a ojos vistos y dejó de trabajar allí.

Cuando llegamos, el taxista tuvo que dejar su vehículo a más de 200 metros de la casa de Apolinario a causa de los socavones que cubrían las calles, pavimentadas únicamente con un denso barro rojo.

En la casa —poco más que un barracón levantado en ladrillo y con el suelo de tierra— nos recibió en el portón un niño cuyos gritos eran estremecedores. Se trataba del hijo enfermo de Apolinario. Luego vino el padre, cojeando, rodeado de otros cuatro chiquillos y, amablemente, nos invitó a entrar en su humilde vivienda.

El superviviente de la isla de los Cangrejos era un sexagenario de tez morena, que solo vestía una bermuda blanca —toda la región es muy calurosa — y se apoyaba en un bastón para caminar. La mano izquierda estaba contraída hacia atrás y parecía paralizada. Nos sentamos para hablar en un salón oscuro y con unas sillas como único mobiliario.

—Ahora tengo sesenta y dos años. Firmino, mi hermano, sesenta y cuatro. Estoy casado en segundas nupcias. De mi primera esposa tengo ocho hijos y con la segunda, seis. Este pequeño, a quien quiero mucho, jamás va a mejorar, según los médicos —nos contaba con pesar su drama personal.

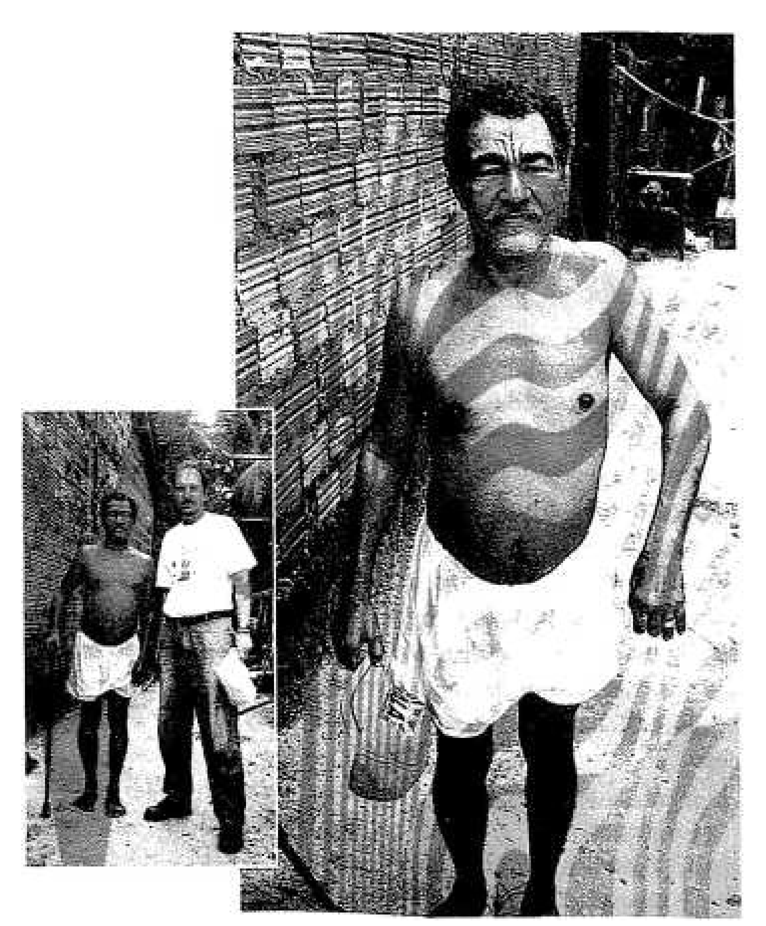
—Cuénteme lo que le pasó en abril de 1977 allí, en la isla de los Cangrejos.

—Aunque supiéramos que la isla estaba encantada, habíamos ido muchísimas veces, siempre para buscar madera para construir palafitos. Aquel día llegamos muy tarde, cortamos los troncos y los dejamos en la cubierta para regresar al día siguiente con la marea alta. Después, José, que era nuestro cocinero, nos preparó algunos cangrejos sobre una barbacoa improvisada. Estuvimos charlando un rato. Yo y mi cuñado Aureliano nos fumamos un cigarrillo cada uno y luego todos nos fuimos a dormir a eso de las ocho. Yo me dormí sobre la cubierta y los demás en la sentina.

—Usted debía despertarse a media noche, pero solo lo hizo al amanecer…

—Sí, es cierto. Yo me extrañé, pues siempre me despierto solo, sin necesidad de despertador. Escuché la voz de Careliano, que me llamaba en la proa. Me pareció raro, pues no lo había visto salir de la cabina. Estaba muy asustado y decía que no sentía los brazos y las piernas y, como no temamos ningún medicamento, le froté con una cabeza de ajo. Entonces noté que tenía varias quemaduras.

—¿Qué pasó cuando usted entró en la sentina?



Apolinario Correia: una de las víctimas que sufrió, paulatinamente, deterioro de su salud tras el ataque sufrido en la isla de los Cangrejos. Izquierda: Junto al autor.

—Me encontré a José en la hamaca, con una camisa en la cara. Estaba con el cuerpo de color morado y la boca llena de espuma, como cuando se mata a un puerco. Intenté darle agua con azúcar, pero, ¡Dios mío!, estaba muerto.

—¿Y Firmino?

—Estaba tumbado cerca de José y gemía en tono muy bajo. Tema un trozo de carne arrancado y se le veían las costillas. Era como la carne de puerco en salmuera. Fue horrible. Además, tema quemaduras muy grandes en el brazo izquierdo. Por un momento me desesperé, pues solo yo tema condiciones para llevar el barco al puerto de Itaqui para pedir auxilio. Fue muy difícil navegar entre los manglares, pero lo conseguí.

De repente, la conversación fue interrumpida por un grito espeluznante procedente de otro recinto de la casa. Enseguida irrumpió corriendo en el salón el niño discapacitado mental, con los ojos desorbitados y se echó sobre mí, y me agarró sin querer soltarme. No reaccioné hasta que Apolinario, a duras penas, lo disuadió por completo. Sin decir palabra, me limpié los brazos, que estaban repletos de mucosidades de aquella pobre criatura.

Pronto me olvidé de lo sucedido, pues Apolinario me revelaría un dato totalmente inédito, que no aparecía en ningún informe de Pratt y que parecía comprobar que algo verdaderamente sobrenatural ocurrió allí.

—A mí me llamó la atención, antes de levar anclas, que todos los troncos que habíamos cortado no estaban. Igualmente, una lata grande llena de cangrejos. Y en la arena no había huella alguna. Había más de cien troncos de tres metros de largo y unos diez centímetros de diámetro. No puedo explicarme cómo se esfumaron, sin que ninguno de nosotros escucháramos algo.

—¿Qué pasó cuando usted llegó a Itaqui?

—Plegué sobre las seis y media de la tarde del día 26 de abril, un martes. Un taxista me llevó a casa de mi hermano Pedro y mi cuñada Nazareth. Volví al puerto con Pedro y llevamos a Firmino al Pronto Socorro. Dejamos a Aureliano que, a pesar de estar quemado, estaba medio consciente, velando el cuerpo de José. Estuvimos de vuelta a las once de la noche con la policía, y llevamos a Aureliano al hospital.

—¿Usted llegó a ver alguna cosa en aquella trágica noche, alguna luz?

—No, nada. Surgieron unos rumores que todo fue causado por un tal platillo-volador, no sé bien lo que es eso. Dicen que en la isla se oyen voces, gente llorando, pero allí no vive nadie. Yo no he oído nada.

—¿Estuvo usted en el médico últimamente?

—Sí. Me dijo que sufro una enfermedad en la espina dorsal, en el disco, por eso no me puedo sentar. Me quitaron un líquido de la columna. Esta enfermedad surgió hace poco tiempo. Pero cuando ocurrió aquello en la isla, yo me sentí muy flojo durante mucho tiempo. Hasta hoy no puedo mover bien la mano ni la pierna izquierda.

—¿Cómo abordó la policía el caso?

—Doce días después de morir José, un sargento de la policía militar me condujo a un barracón en el muelle de Itaqui, sacó su revólver y me preguntó: «Tú tienes que contarme la verdad. ¡Dime si estabas fumando marihuana!» Yo le dije que ni yo ni mis hermanos y cuñados éramos marihuaneros. Pero él insistió mucho, amenazándome con el arma.

Apolinario me sorprendió con otra noticia que destruye definitivamente la hipótesis de una muerte provocada por la casualidad de un fenómeno natural.

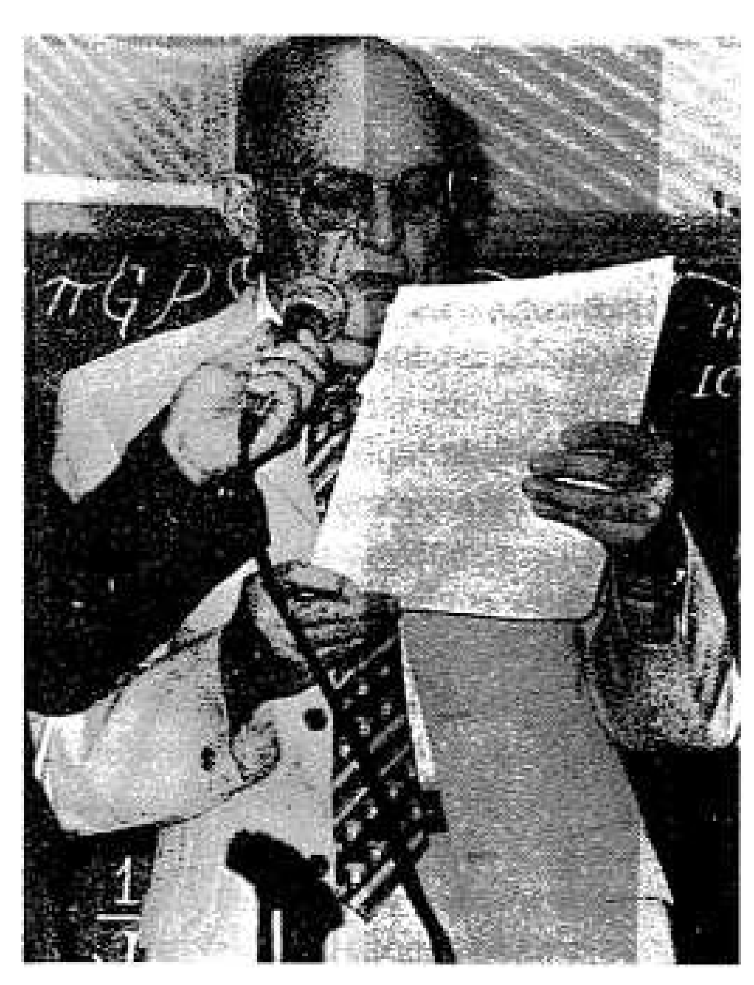
—Mi hermano José no fue el único que murió allí en la isla por algo raro. En 1986 ocurrió otra desgracia, también en un barco en el que estaban tres hombres. Uno, un joven, murió. No sé su nombre, pero era pariente de un amigo mío. Uno de los supervivientes quedó todo quemado.

Notamos que Apolinario se sentía un poco cansado. Con dificultad se levantó, con ayuda del bastón, para caminar. Hicimos algunas fotos juntos, casi siempre rodeados por los niños, que le tenían aprecio.

Dejamos su humilde vivienda. Caminando por las calles embarradas, me sentí doblemente inquieto: Apolinario era un brasileño más en las estadísticas demográficas de la pobreza del país, sin recursos y sobreviviendo a duras penas. Los otros dos supervivientes padecen de algún tipo de trastorno hasta hoy. ¿Qué era esa fuerza desconocida que hizo desaparecer troncos de árboles y latas llenas de cangrejos, que quemó sin que nadie supiera cómo y que mató sin dejar marcas visibles?

* * *

Uno de los aspectos más importantes de la investigación llevada a cabo por Bob Pratt con relación al caso de la isla de los Cangrejos fue la regresión hipnótica que realizó a los tres supervivientes. Según la intérprete Ana Tereza Brito, que participó de las sesiones, Pratt invitó a São Luís a un médico, parapsicólogo y ufólogo de Río de Janeiro, el doctor Silvio Lago, considerado una autoridad mundial, miembro de la American Society for Psychical Research (Nueva York) y de la Society for Psychical Research (Londres).



El fallecido doctor Silvio Lago, en 1980.
A petición de Bob Pratt, llevó a cabo sesiones de hipnosis con los supervivientes de la isla de los Cangrejos.

Según Tereza, Apolinario, Aureliano y Firmino fueron hospedados en un hotel en São Luís entre los días 14 y 17 de diciembre de 1978. Allí, el doctor Lago los entrevistó, primero individualmente y luego dedicó diez horas de sesiones de hipnosis con los tres hombres juntos.

—Aureliano fue quien entró en trance más profundo. Todos podían recordar perfectamente lo que habían hecho hasta el momento de acostarse, pero no se acordaban de nada de lo que sucedió a continuación, hasta el momento en que Apolinario los vio heridos. Era como si les hubieran pasado una goma por la mente y les hubieran borrado el recuerdo de aquellas horas —manifestó la intérprete.

El doctor Lago —con más de cuarenta años de experiencia en hipnosis— dijo que era posible que una emoción fuerte hubiese provocado amnesia en los hombres, pero también planteó la posibilidad de que podrían haber sido preparados hipnóticamente para no acordarse de nada. Pero, en tal caso, ¿quién llevó a cabo dicha preparación?

Capítulo 3

La extraña desaparición de Rivalino Mafra y el muchacho cegado por un ovni en Reunión

SI HAY UNA HISTORIA que me pone los pelos de punta cada vez que la recuerdo esta es, sin duda, la intrigante desaparición de Rivalino Mafra da Silva el 20 de agosto de 1962 en el interior del Estado brasileño de Minas Gerais.

Allí, en una zona rural a 36 kilómetros de la ciudad de Diamantina (entonces con 16.000 habitantes), vivían Rivalino y sus tres hijos en una choza miserable. El mayor, Raimundo Aleluia Mafra, con doce años, ayudaba a criar a sus dos hermanitos, puesto que la madre había fallecido hacía un año. Eran tan pobres que no tenían tan siquiera un reloj.

El domingo 19 de agosto de 1962, Rivalino, Raimundo y los otros dos niños (Fátimo y Dirceu) estaban acostados. Entonces Raimundo, desde su catre, divisó una extraña sombra que se movía dentro de su habitación. La silueta parecía tener cuatro piernas y parecía como un hombre que andaba a cuatro. En su cabeza, Raimundo pareció discernir una especie de «flequillo» o algo saliente que no supo precisar por la oscuridad.

El muchacho, asustado, llamó a su padre, que acudió con una vela en las manos. La sombra parecía flotar en el aire, sin tocar suelo de tierra apisonada. La silueta tenía forma de persona, pero con una altura de no más de un metro.

Raimundo se apercibió cuando la entidad se quedó quieta y parecía mirarlos muy atentamente. Después, se desplazó hasta donde dormían sus

hermanos pequeños; luego se retiró del dormitorio y pasó al comedor, para salir al patio sin abrir la puerta. Después se oyó una voz que decía:

—Este parece ser Rivalino.

El padre de Raimundo gritó: «¿Quién anda ahí?» Y al no recibir respuesta, el hombre se levantó de la cama, pasó al comedor y, entonces, volvieron a oírse las voces, preguntando si él era realmente Rivalino.

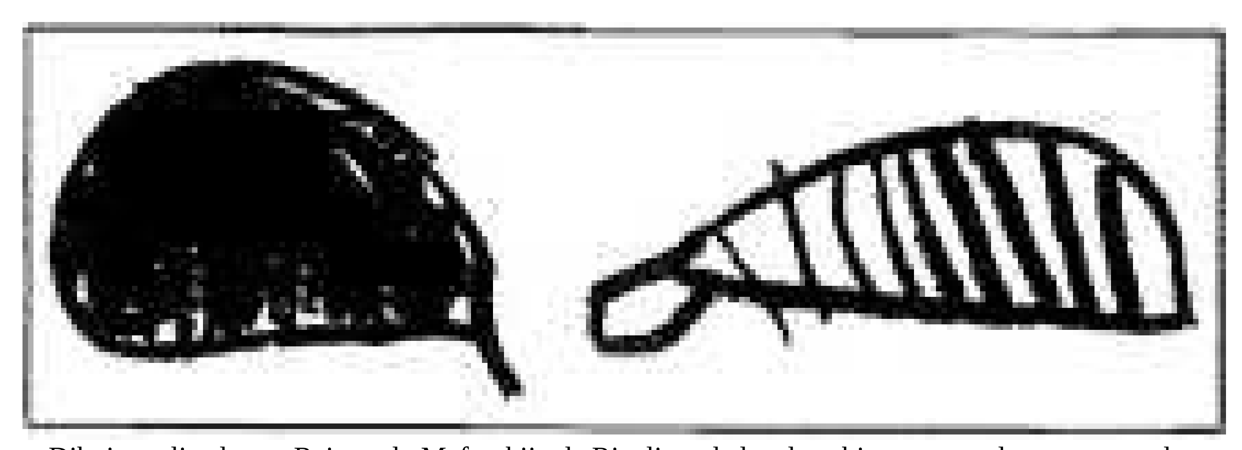
—Mi padre replicó que sí lo era, pero no obtuvo respuesta. Entonces nos volvimos a la cama y los oímos perfectamente y con toda claridad, diciendo que matarían a papá. Entonces papá se puso a rezar en voz alta, pero las formas de fuera dijeron que rezar no le serviría de nada —contaría el niño Raimundo a la policía días después.

La familia oyó también un ruido semejante a un despertador, pero nadie en casa —y estaban en un lugar aislado, sin otras residencias— poseía este artilugio.

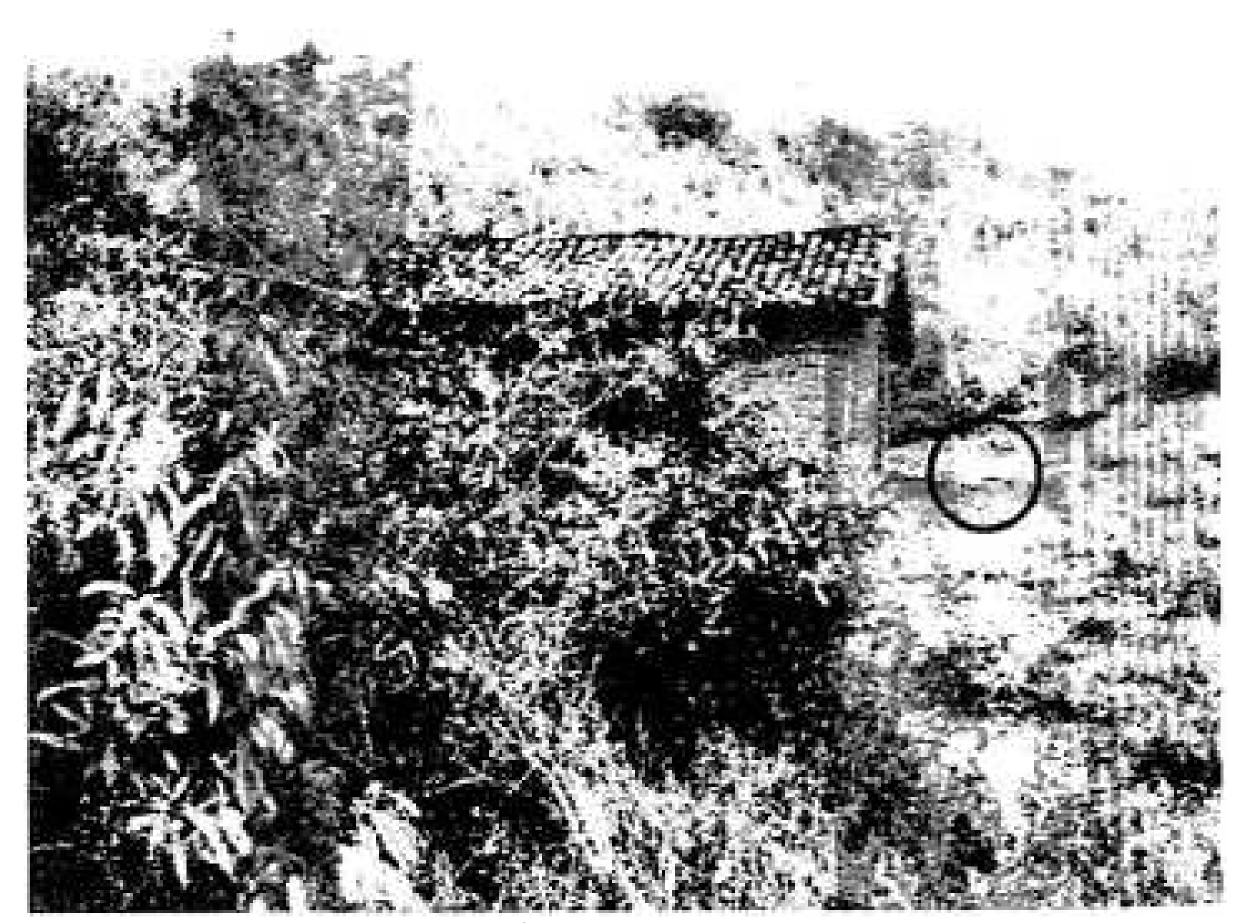
La familia se mantuvo despierta el resto de la noche del domingo al lunes.



Rivalino Mafra, desaparecido delante de su casa en medio de una nube de arena y polvo.



Dibujo realizado por Raimundo Mafra, hijo de Rivalino, de los dos objetos que rodearon a su padre.


La choza de Rivalino Mafra y el punto (señalado) de su desaparición.

—El 21 por la mañana, un lunes, yo me levanté muy temprano… a las seis. Salí al campo a buscar el caballo de papá, y fue entonces cuando vi a las dos bolas flotando cerca del suelo, a un metro de distancia una de otra. Una era negra, con una especie de pincho o una pequeña cola. El color de la otra era blanco y negro, mezclado, y tenía lo mismo que la otra, o sea, una especie de cola. Ambas emitían extraños ruidos.

Y Raimundo siguió contando a los atentos policías encabezados por el teniente Lisboa:

—Llamé a papá, diciéndole que saliese a ver aquellos extraños objetos. Él salió de la casa, sin dejar de rezar y preguntándome qué era aquello. Se detuvo a unos dos metros de aquellas cosas, y me dijo que no me acercara a ellas. En aquel momento, los dos objetos, que parecían pelotas, se fundieron en uno solo, despidiendo mucho humo y polvo, hasta oscurecer el cielo. Sin alzarse del suelo, pero emitiendo un extraño ruido, aquella cosa se acercó a papá. Este quedó cubierto por la extraña nube de polvo, que era del color del poniente (amarillento) y desapareció en el torbellino que produjeron los objetos. Yo fui tras papá, metiéndome dentro de la nube de polvo, que tenía un extraño olor, pero no pude ver nada. Llamé a mi padre, pero no me

respondió. La polvareda se disipó enseguida, como por arte de magia, sin dejar ninguna señal en la dura tierra; parecía como si aquel sitio hubiese sido barrido con una escoba. Di la vuelta a la casa, tratando de encontrar a papá, pero no había ni rastro de él ni del extraño objeto; tampoco vi pisadas. Dios mío, pensé: ¿será esto obra del diablo? Papá se había esfumado en el aire. Fui a ver si lo encontraba en unas cuevas que hay allí cerca, pero sin resultado. He estado vigilando las bandadas de aves que comen carne (el urubu, el buitre brasileño), pero hasta ahora no hay señales de papá. Hace ya seis días que ha desaparecido, y no hay ni una pista. ¿Se llevaron las bolas a papá para matarlo? Quiero que vuelva mi papá —decía inconsolable el niño ante los atónitos hombres de la ley de Diamantina.

Rivalino Mafra nunca más retomó. El párroco de la catedral de Diamantina, José Ávila García, creía que el niño tuvo un sueño y que su padre fuera víctima de unos asesinos.

—Por una extraña coincidencia, durante la semana que precedió a la desaparición del señor Rivalino Mafra, el señor Antonio Rocha me contó algo muy extraño. Me dijo que en el curso de una visita que efectuó al río Manso, sitio cercano a Duas Pontes, había visto unas bolas de fuego que emitían curiosos destellos, y que pasaron volando sobre la casa de Rivalino. En confirmación de estos hechos, Antonio Rocha puso por testigos a otras dos personas, que le acompañaban y a quienes señaló aquellos objetos. Antonio Rocha es una persona totalmente digna de crédito. Quizá él mismo podría ampliar esta información —dijo el cura a la prensa de Minas Gerais.

Los periodistas que entrevistaron a Rocha recibieron la misma información, añadiendo que los extraños objetos volaban en círculo a gran velocidad, y a muy baja altura, sobre la casa de Rivalino Mafra.



Mapa de la región de Diamantina, en Minas Gerais (Brasil).

—No sé nada sobre la desaparición de Rivalino —dijo Rocha —, pero, efectivamente, vi dos extraños objetos en el cielo, sobre Duas Pontes. Por la descripción de los objetos dada por el hijo del desaparecido, tengo la impresión de que eran los mismos que yo vi.

João Madalena de Miranda, trabajador en la fábrica textil Biribiri —a unos ocho kilómetros de lugar del suceso—, fue la primera persona que se presentó en la casa de Rivalino, avisado por Raimundo. Se percató de que en el sitio que le señalaba el niño, una zona de un radio superior a cinco metros, parecía como si alguien hubiese barrido, cuidadosamente, el duro suelo, pues no había en él ni una mota de polvo.

Para otros, como el director de la fábrica textil, Elagmano da Costa, la desaparición misteriosa de Rivalino fue una farsa urdida por el mismo padre de familia para abandonar a sus hijos, una pesada responsabilidad para sus cortos ingresos, dependientes de la explotación del oro de aluvión con su batea en los ríos de la región.

Tanto los periodistas como los policías no encontraron contradicciones en el relato de Raimundo, pese a los muchos interrogatorios a los que fue sometido.

El gran ufólogo Húlvio Brant Aleixo (exoficial del Ejército del Aire brasileño y psicólogo) entrevistó al niño Raimundo —quizá ya huérfano en aquel momento— en agosto de 1962, en Lelo Horizonte. Esto fue lo que él me contó allí mismo, en su casa, en la capital del Estado de Minas Gerais.

—Raimundo Aleluia Mafra era un niño de doce años, analfabeto y tímido. Su historia provocó conmoción en Diamantina. Ayudaba a su padre Rivalino en sus actividades. Cazaban juntos y buscaban oro con las bateas, algo muy difícil por la escasez del metal y las dificultades inherentes a su búsqueda. Además, el niño también se encargaba de cuidar de sus cuatro hermanitos —relataba el antiguo oficial.


El ufólogo y psicólogo Húlvio Brant Aleixo, investigador del caso Rivalino Mafra.



Carta de Húlvio Aleixo enviada al autor del libro aclarando algunos aspectos del caso Rivalino Mafra.



Portada de la desaparecida revista mexicana Duda, número 469, donde se ilustró el caso Rivalino Mafra.

—En el lugar de los hechos —recordaba Húlvio ante mi atenta mirada—, en Duas Pontes, estaba la residencia de los Mafra, que era casi una choza, situada en un lugar completamente aislado. Docenas de veces el niño repitió su historia al teniente Wilson Lisboa, al juez del Tribunal Regional, a los médicos, sacerdotes, periodistas y a un sinfín de personas que, a pesar de desacreditar la versión de Raimundo, quedaron perplejos por su coherencia, tranquilidad y convicción. Él afirmaba a pies juntillas que su padre había desaparecido ante sus ojos, rodeado por un remolino de polvo amarillo y levantado por dos pequeños objetos delante de la puerta de la casa. Y lloraba mansamente, convencido de que su padre jamás volvería.

—¿Cuándo empezó la policía a buscar a Rivalino? —pregunté.

—En el mismo día de la desaparición. Y siguieron por mucho tiempo. Perros de la policía militar llegaron desde Lelo Horizonte, pero no encontraron ni rastro del hombre Tras el examen clínico que se realizó a Raimundo, el médico João Antunes de Oliveira dijo que no encontró nada de anormal en el niño, aparte del estado de desnutrición. Raimundo poseía, a pesar de eso, buenas condiciones mentales.

Por iniciativa del juez de menores, Raimundo fue conducido a Lelo Horizonte. Allí, en la comisaría, el comisario Antonio Cruz pidió a Húlvio que entrevistara al niño.

—Se lo llevaron después para un orfanato, donde el juez solicitó un examen psiquiátrico y pruebas psicológicas, cuyos resultados no sirvieron para llegar a nuevas conclusiones, pues el niño parecía mentalmente normal. El médico João Antunes le tendió una «trampa» a Raimundo para verificar si mentía o no. Condujeron al menor a una sala donde estaba una persona que se fingía muerta y que tenía la cara y el cuerpo tapados. Le dijeron que era su padre, muerto, y que él, Raimundo, había mentido. El niño volvió a repetir la misma historia…

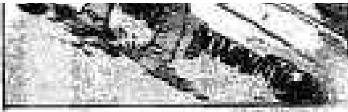


Secuencia de la revista Duda mostrando cómo desapareció Rivalino Mafra.



Dibujos de Rafael Merino para la revista Duda, ilustrando el caso Rivalino Mafra.





—¿Qué le dijo sobre los objetos extraños? —pregunté.

—Tenían forma ovalada, y debían medir entre cuarenta y cincuenta centímetros en su mayor diámetro. Poseían un pequeño apéndice en una de las extremidades, y por eso el niño los asoció a un tatú, una especie de armadillo brasileño con su típico caparazón. Estos apéndices tenían el tamaño de un dedo, con forma tubular. Era como si fuera la cola de un armadillo. Estos objetos estaban un poco suspendidos sobre el suelo, es decir, parecían flotar. En el momento en que Raimundo los vio, estos dos apéndices apuntaron hacia la puerta. Uno era totalmente negro y sin brillo. El otro estaba manchado de blanco y negro, con listas iguales de anchas y dibujadas de forma transversal al diámetro mayor del objeto.

—¿Qué pasó después?



Río por donde trabajaba buscando oro Rivalino Mafra.
Trauma: tirachinas de Raimundo, el hijo de Rivalino, tal cual fue abandonado delante de su casa cuando su padre desapareció.

—Rivalino se acercó a la puerta y recomendó al hijo que no saliera del umbral. Entonces el padre se aproximó a los dos objetos, lentamente y sin miedo. A continuación, los dos se unieron lateralmente, con un sonido seco y empezaron a girar en conjunto, con gran velocidad, levantando un remolino de polvo amarillo que envolvió a Rivalino pero no a su hijo. La nube lo tapó por completo y luego el hombre desapareció.

—Entonces, ¿no se encontró ningún vestigio de Rivalino?

—Unos meses después surgió la noticia de que cinco cazadores habían encontrado un esqueleto cerca de la casa de Rivalino, en un lugar de difícil acceso. El rumor, divulgado por un periódico, se refería también a que Rivalino hubiera huido o que habría sido víctima de un asesinato. Pero estos rumores no pudieron ser confirmados.

—¿Usted cree que eran ovnis los que se llevaron a Rivalino?

—En la literatura ufológica hay referencia a pequeños objetos teledirigidos, de forma y comportamiento semejantes a los descritos por el niño. Es muy difícil que él conociera, por la literatura ufológica de entonces, algo sobre la existencia de aquellos artefactos. Por eso, sería muy difícil inventárselos. Además, el avistamiento de luces que sobrevolaron su casa una semana antes nos hace sospechar del acercamiento de vehículos voladores de origen desconocido.

—¿El Gobierno brasileño se interesó por el caso?

—Sí. Una copia de mi informe fue enviada a un coronel del Ejército del Aire.

¿Dónde estará Rivalino Mafra? ¿En otros mundos, en otras dimensiones? ¿Estará muerto? ¿Habrá sido asesinado por rivales en la búsqueda de oro? ¿Se transformó en un conejillo de Indias de los extraterrestres? Son dudas que verdaderamente inquietan. Una cosa era cierta: Rivalino quería mucho a sus hijos, según contaron personas que lo conocían, y jamás los abandonaría.

Sobre Raimundo Mafra, su hijo que entonces tenía doce años, poco podemos decir. Mi buen amigo Claudio Suenaga me comunicó que Raimundo falleció en 2001. Si sabía algo más, se llevó el secreto, como muchos otros, a la tumba.

* * *

Brasil, ese inmenso país enigmático, nos reserva muchas sorpresas. Es importante analizar aspectos de su folclore que pueden relacionarse con el fenómeno ovni. En su libro *O povo do Espaço: metodología do folclore extraterrestre*[1], el eminente folclorista Paulo de Carvalho-Neto identifica los ovnis con la mãe-do-fogo («madre del fuego») o mãe-do-ouro («madre del oro»), misteriosas apariciones de bolas voladoras, luminosas, cuyo color oscila entre el azul y el amarillo o rojo.